

CORRESPONDENCIA

PATAGONIA CENTRAL

Una visita a los indios Tehuelches

REVERENDÍSIMO P. Rúa, escribe el R. P. Bernardo Vacchina, misionero salesiano: Aprovechando un poco de tiempo libre voy á comunicarle las vicisitudes de mi última expedición á través de la Patagonia Central, después de la visita del Ilmo. Cagliero á la Misión de Rawsón.

Le advierto que no me he aventurado solo por aquellas inmensas regiones, sino que aprovechando la ocasión que el Excmo. Sr. gobernador D. Eugenio Tello, buen católico y amigo nuestro, me presentaba, pues quería visitar el vasto Territorio con fines políticos, le he acompañado con fines religiosos, uniéndose así la cruz y la espada para conquistar el desierto y la barbarie, y aportar los suaves frutos de la civilización cristiana y católica. Digo civilización *católica*, porque la protestante, bien que se halle aquí establecida desde hace ya cerca de treinta años, á los indios no les ha servido absolutamente de nada.

I

La partida.—Á través del desierto.—Un espejismo

Recibida, pues, la bendición del Ilmo. Sr. Cagliero, partimos de Rawsón, capital del Territorio, dirigiéndonos á Gaiman, centro de la Colonia Agrícola Gala, y primera etapa de nuestro viaje, acompañándonos como escolta de honor, lo más distinguido de los ciudadanos de la capital.

Por el camino encontramos á un italiano llamado Alejandro Stenti, que volvía de la cordillera, el cual, después de saludarnos, nos dió noticias siniestras y amenazadoras de los indios de la tribu de Sac-mata: hace ya dos años que esta tribu está exaltada por las supersticiones de un adivino. Dicho señor Stenti nos regaló dos hermosísimos huevos de avestruz, que nos sirvieron para romper la monotonía de nuestra comida; consistía ésta ordinariamente en carne salada y curada al sol, y en galleta. Teníamos también otros confortables, pero sólo para los casos de mayor necesidad; los lebreles que llevábamos nos proveyeron después de abundante caza.

Dormíamos en una especie de tienda militar, que á su tiempo nos servía de iglesia, de escuela y de sala, siendo para mí un verdadero lujo, pues en las Misiones del Colorado me tocaba dormir casi siempre al sereno.

Nos seguían treinta y cuatro animales entre caballos

y mulas, y si bien al principio viajábamos en el coche, habiéndose éste estropeado después, tuvimos que continuar el viaje en caballerías.

El valle de Gaiman se va estrechando cada día más; ahora queda reducido únicamente á una ancha garganta formada por dos cadenas paralelas de erupciones volcánicas, sin vegetación y desierto, excepción hecha de algunas marmotas y otros animalitos por el estilo, que de cuando en cuando se ven correr por las escabrosas rocas y ocultarse en sus cuevas. También se ve, alguna que otra vez, al águila con sus grandes alas extendidas pasando sobre nuestras cabezas, ó bien parada sobre alguna altura guardando su nido. La monotonía de este viaje hubiera sido muy grande á no ser por el buen humor de mi respetable compañero el señor Gobernador, el cual me distrae y divierte con las ocurrencias de su carácter expansivo y gracioso, y sobre todo con su erudición y amenidad. Este señor es uno

de los personajes más distinguidos de la Argentina. De ideas católicas bien fundadas, las ha sostenido siempre, haciéndolas triunfar á menudo en el Senado, donde se ha demostrado orador elocuente y vigoroso.

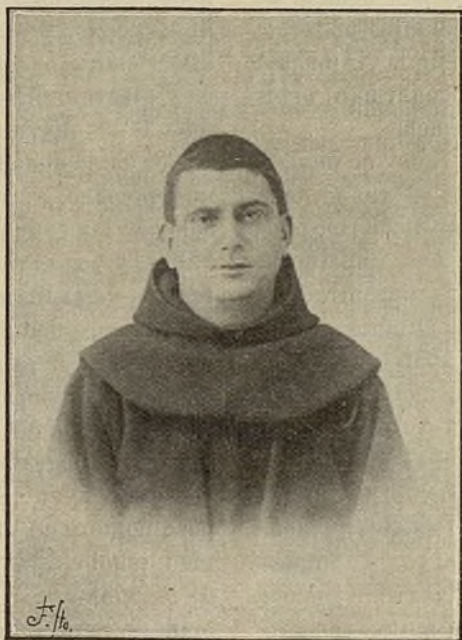
Hemos hecho estación en Valle Superior, Boca de Aguas toma, Cañadón Solado, Campamento Villegas, Valle Alsina, etc: hemos también atravesado dos desiertos llamados aquí *travesías*, de veintisiete el uno y cincuenta y cuatro millas de longitud el otro, debiendo siempre acelerar la marcha y caminar también de noche á fin de que las bestias no muriesen por falta de alimentos: cambiando caballería, se emplea ordinariamente un día en atravesar el primero, y dos en el segundo; habiendo tenido que hacer noche en este último, he sentido por primera vez los rugidos

del león puma, que se encuentra en casi todos los puntos del Chubut.

Durante este largo trayecto me consolaba grandemente el poder celebrar la santa Misa, y el pensar que Nuestro Señor iba santificando con su divina y real presencia estos lugares, que quizá serán algún día confortable morada de miles de hombres.

Pasado el desierto empiezan otras dos cadenas de montañas que se prolongan paralelamente, y que estrechas al principio, de manera que apenas dejan paso para nuestro coche, se ensanchan luego formando espaciosos valles más ó menos pintorescos, los cuales son fecundizados por el río Chubut, que serpentea caudaloso, rodeado de sancen, y rico en peces y aves acuáticas.

El primero de estos valles se llama de Las Plumas por haber encontrado en él los soldados argentinos al-



R. P. GABRIEL CASANOVA, franciscano
(Pág. 214)

gunas toneladas de plumas de avestruz, escondidas por los indios el año 1882. Este valle es estrecho, de forma casi oval, tapizado de verdes y buenos pastos, y esmaltado de flores, las primeras que yo he visto en el Chubut, sembradas por la naturaleza. Teniendo todos necesidad de restaurarnos algo, nos paramos dos días en este valle, donde, por ser tan solitario y silencioso, me he sentido en mis prácticas de piedad mucho más concentrado y devoto de lo acostumbrado. Aquí nos esperaban un cierto Sr. Charly, negociante, que se dirigía á la Cordillera, donde están los indios, y tres viajeros domiciliados junto á la Cordillera, que se dirigían á Rawsón. Estos últimos nos dijeron que las amenazas de los indios eran cada día más frecuentes, insolentes y graves, añadiendo que algunos negociantes católicos habían sido robados, y otros apaleados y heridos, y que los hombres de la tribu se ejercitaban en el manejo de la lanza para asaltar á los blancos. El temor había inducido al negociante Charly á esperarnos para hacer parte de nuestra caravana, y la prudencia y bondad de los otros les había sugerido avisarnos de tales peligros; pero como las comunicaciones oficiales de la Autoridad no hacían mención de cosa alguna que confirmara estos rumores, no se les dió ninguna importancia.

Después del valle de Las Plumas viene el de Los Mártires, al que se llega atravesando el río en una barquilla; nos costó mucho trabajo pasar dicho río, pues á causa del deshielo su corriente era muy impetuosa.

En el valle de Los Mártires hemos encontrado á muchos niños y mujeres que huían espantados de los indios, pues nos dijeron que éstos estaban decididos á resistir á la Autoridad hasta vencer ó morir. Algunos hombres traían también noticias de las Autoridades de los lugares, pero siendo ya muy retrasadas y no diciendo nada en concreto, el Gobernador creyó conveniente continuar adelante y despreciar los persistentes rumores de rebelión que corrían. Yo por mi parte tampoco les di crédito, pues he visto en el Río Negro la imposibilidad en que se encuentran los indios de una seria resistencia, después de la campaña que se hizo contra ellos en 1880.

Dos días después nos salió al encuentro el negociante Sr. D. Pastor Depós, el cual nos confirmó en las sospechas, y nos advirtió de parte del cacique Platero, muy amigo del Gobernador y de los cristianos, que estuviéramos prevenidos y avanzáramos con cautela, porque la tribu estaba muy agitada, y él había recibido invitación para concurrir con su gente al *malón* (correía) que los indios preparaban contra los cristianos. Ante esta evidencia de los hechos, la prudencia requería que se tomaran algunas medidas salvadoras, por lo que el Gobernador mandó á pedir armas y municiones que se tendrían ocultas hasta que las circunstancias lo requiriesen, pues hombres no habían de faltar, dado que no les quedaba otro remedio á los leales que empuñar las armas si querían salvar sus vidas y haciendas de la crueldad y rapacidad de los indios. En trececientas veinte millas que hasta aquí llevábamos recorridas, habíamos encontrado muy pocas personas y sólo tres casas.

Entramos en el Valle de los Altares, así llamado por ofrecer la particularidad muchas de las rocas que le ro-

dean de parecerse á los altares de nuestras iglesias. Sólo interrumpíamos nuestra marcha algunas horas de la noche para aprovechar el fresco del amanecer, preservarnos de los abrasadores rayos del sol y librarnos de los tábanos, de las moscas y de una especie de mosquitos llamados *jejencitos*, que son más molestos é insufribles que los primeros, y cuya picadura produce una grande hinchazón como la que producen las picaduras de las avispas.

Nos habíamos fijado para descansar la Colonia de Santa María, pero antes de llegar á ella fuimos sorprendidos por un soberbio espejismo. Abriase ante nosotros un ameno y delicioso valle semicircular, en cuyo fondo negro, de altas y agrestes montañas, se destacaban las ruínas de fuertes y majestuosas murallas de negro granito, de elevadas torres almenadas, de fortalezas de antigua y aguerrida ciudad, y de puentes levadizos sobre anchos fosos: sólo faltaba para dar más colorido y llenar de poesía este espectáculo nunca visto, que la noche extendiera su negro manto, el cielo se tachonara de estrellas, y la blanca luna reflejara su suave luz en las cristalinas ondas del manso arroyuelo que con dulce y alegre murmurio y reprimidos sollozos corre á los pies de las derruidas murallas.

Con la ansiedad de descubrir la causa de tan extraño fenómeno, apresuramos el paso, encontrándonos tan sólo con las colinas que se hallan por do quiera en estos valles, y con el río Chubut con sus llorones sauces. Las fuertes y graníticas murallas, las almenadas torres, las fortalezas, puentes y fosos que habían recreado nuestra fantasía desaparecieron como por encanto, quedando tan sólo enormes rocas de mil caprichosas formas, que contribuían á aquella soberbia ilusión de los sentidos. Los geógrafos que por primera vez exploraron este territorio en 1885, llamaron á este valle con el pomposo nombre de Valle de las Ruínas, que le cuadra muy bien debido á la impresión que produce en la fantasía de los viajeros. El 15 de Noviembre llegamos á la Colonia de Santa María; después de trece días de camino y de recorrer unos cuatrocientos kilómetros encontráramos por fin una habitación que pudiera llamarse humana.

La Colonia de Santa María.—Primeros frutos de esta Misión. —El brujo agitador de los indios.—Fugel, el terror de la Pampa.

La Colonia de Santa María, que pertenece á la Misión católica, tiene una iglesia y una casa de piedra, que presenta el aspecto de un antiguo convento: está rodeada de algunos terrenos, también propiedad de la Misión, y que ahora nos disputa el Gobierno federal. Esta Colonia floreció mucho allá por los años de 1890 á 91, en que la habitaban buen número de familias indias, que poco á poco á fuerza de trabajos y fatigas se iban civilizando; pero declarada la crisis económica de la República, empezaron á disminuir los recursos y por consiguiente á ausentarse las familias; se enajenaron los terrenos, y de tal manera ha venido decayendo, que en la actualidad sólo la habitan dos italianos que se ocupan en la cría de animales y en la fabricación de quesos, que venden á los pocos viajeros que por aquí pasan.

Nuevas y más pesimistas noticias nos llegaron á la Colonia: una de las indias que aquí había, se volvió loca con motivo de la muerte de su padre y se marchó á la tribu, donde recobró la razón, debido sin duda á la influencia que en ella ejercieron el cambio de vida y de impresiones; pero el brujo que la visitó y la hizo tragar algunos de sus brevajés, se atribuyó la curación, con lo que acabó de ganarse la voluntad de los indios, á quienes traía insurreccionados, disponiendo de ellos á su placer.

En esta Colonia nos paramos tres días para descansar, y secar y salar la carne de una ternera: yo me aproveché de la ocasión para ejercitar mi sagrado ministerio, habiendo obtenido bastante fruto.

El 18 de Noviembre emprendimos de nuevo la marcha por la orilla del río Chubut hasta el Paso de los Indios, así llamado por la facilidad de vadearlo á caballo y por ser el paso de que más generalmente se sirven los indios. Bien á nuestro pesar tuvimos que abandonar en este punto el río para dirigirnos hacia el Sur describiendo una curva de unas veinte millas, para llegar al Valle de Tecá. En este recorrido sólo nos parábamos en los lugares donde encontrábamos fuentes ó manantiales de los que hay en abundancia en la falda de las colinas, y cuyos nombres, todos indígenas, nos demuestran la larga dominación que los indios han ejercido en estos territorios, hoy desiertos. Después de dos días llegamos al Este de la cordillera de Olte, que se prolonga de Norte á Sur en una extensión de unas ochenta millas, y nos paramos en una profunda garganta refrescada por las cristalinas aguas del Menuco de Ania. Ania es un lago de agua salada que distará de aquí seis kilómetros: algunos dicen, sin embargo, que no es tal lago, sino simplemente una gran superficie cubierta de salitre.

El 20 caminamos por un inmenso valle paralelo á la cordillera de Olte, y que se va insensiblemente inclinando hacia el Norte hasta donde se halla la elevada meseta de Patra-choique. Aquí nos sorprendió un fuerte temporal de viento, nieve y agua, que nos dejó aterridos y entumecidos los miembros, y al mismo tiempo el carro con su irregular y continuo vaivén nos molió los huesos. Las mulas apenas si podían caminar, y sólo con gran trabajo pudimos llegar á Quichaure, que es un río que atraviesa el valle del mismo nombre de N. á S., dejando al E. la meseta de Patra-choique y al O. la cordillera de Tecá. El Gobierno federal quiere establecer en este valle una colonia; pero los indios se resisten, pues escasean los pastos, que además son muy flojos, abundan los arbustos y malezas, y sopla con frecuencia un viento fuerte y frío: yo creo que una colonia en este sitio morirá antes de nacer. En la parte rica y fértil del valle habitan los hermanos Guillermo y Bernardo Mulhahal, irlandeses, para los que llevaba cartas de recomendación de V., Sr. D. Rúa. Dichos señores nos han confundido con sus atenciones y cuidados. A nuestra llegada se ocupaban en trasquilar el ganado lanar ayudados por buen número de indios cristianos; suspendieron al momento el trabajo para que todos pudieran asistir á la Misión que les di con no escaso fruto: se confesaron y comulgaron todos, y á cuatro indios adultos les administré el bautismo y la con-

firmación, para cuyos Sacramentos se hallaban convenientemente preparados; forman las primicias de mi Misión: uno de ellos no me dejó en paz hasta que le di palabra de llevármele á mi regreso á nuestra casa de Rawsón.

Aquí hemos podido adquirir más exactas noticias del brujo y de los proyectos que abrigaba. Se llama Cayupul, de unos treinta años de edad, y es pagano. Habiendo llegado á su noticia el viaje del Gobernador, y temiendo que le llamara á su presencia y le diera su merecido, hizo correr la voz de que desaparecería á nuestra llegada, amenazando terribles castigos á los indios cristianos que osasen pasar la línea que había trazado al rededor de su tienda: la tierra les engulliría en su seno. Los demás indios se disciplinaban todos los días, siguiendo su consejo, y se ejercitaban en el manejo de la lanza y el arco: el número de los revoltosos aumentaba por momentos con los que llegaban diariamente desde muy lejos; en la actualidad eran 400.

Todos estos preparativos y algunas frases escapadas á los indios, tenían en continua zozobra y sobresalto á los cristianos, que temían un *malón* (correría), y no sin fundamento, pues ya habían robado y maltratado al negociante Sr. B. Ferrari (el mismo que hace tres años acompañó á D. Milanésio) y saqueado la casa de D. A. Casarosa, toscano; los mismos hermanos señores Mulhahal se quejaban con el señor Gobernador de haber notado la falta de algunos de sus mejores caballos, sin duda por habérselos robado los indios.

Habiendo sabido el Gobernador que entre los criados de los Sres. Mulhahal había un indio que era sobrino de Cayupul y que había tomado parte en una orgía ordenada por su tío, quiso interrogarle para ver si sacaba algo en limpio, pero el indio dijo y desdijo y se enredó de tal manera, que fué imposible aclarar nada. Yo que acababa en aquel momento de celebrar la santa Misa, pude asistir desde mi tienda al interrogatorio. Al acusar el Gobernador á Cayupul de impostor y de falsario engañando á los indios con hacerles creer que tenía relaciones directas con Dios, le respondió el astuto indio:

—Lo mismo enseña vuestro Padre, y se lo he oído ahora mismo: nos decía que la palabra que él anunciaba era palabra de Dios: que los cristianos pueden hablar con El cuando quieren y que El les escucha.

Sólo á duras penas se le hizo comprender la diferencia, y la maldad de su tío, que por medio tan fácil quería pasarse una vida regalona á costa de los crédulos indios.

Entre tanto el sol declinaba, y á nosotros nos era forzoso partir. El señor Gobernador dejó dicho que se le avisara de cualquier novedad que hubiera, y ordenó la marcha. Todos salimos contentos y satisfechos del descanso tomado y de las atenciones recibidas, y yo con el ánimo templado y fortalecido por los abundantes frutos de salvación recogidos.

Los perros ladraban y se sacudían para quitarse de encima las *garrapatas*, que son unos insectos de la familia de los parásitos, de color parduzco y del tamaño de una chinche grande. Se adhieren fuertemente á los animales, y les chupan la sangre hasta que el peso de su cuerpo las deja caer; si dejan su rejoncillo producen

una gran inflamación, y á veces fuertes calenturas. También hay en estos valles arañas del tamaño de una rana; corren con increíble velocidad, y saltan y se resuelven con grande agilidad; su picadura es venenosa, pero no mortal. Hemos visto algunas víboras de las más venenosas y varios escorpiones: uno de éstos se me introdujo entre las ropas de mi cama, pero gracias á Dios no me hizo daño alguno.

Salimos del valle de Quichaure y viajamos cinco horas al N. por las gargantas de la Antecordillera para llegar al Valle de Tecá, que se extiende hacia el S. en una extensión de noventa millas, con tres de ancho. Está limitado por dos cordilleras paralelas de colinas, el terreno es productivo y está fecundado por el río Tecá ó Soamata, que lo atraviesa en toda su extensión, llenándolo de amenidad y de vida: este río tiene varios afluentes provenientes de la Precordillera. Aun está poco poblado, y sólo se ven de cuando en cuando rebaños de ovejas, grandes ganaderías de toros y numerosas yeguas. Abundan, sin embargo, los guanacos, las gamuzas y avestruces, que huían espantados al paso de nuestra caravana.

En este valle nos encontramos á Fuyel, el cacique más terrible y sanguinario de la Pampa, terror de la colonia inglesa. En la actualidad manda poca gente y es muy pobre, por lo que como león á quien han cortado sus garras, nos saludó con humildad y nos pidió tabaco.

Al caer de la tarde del 23 de Noviembre llegamos al término de esta segunda etapa de nuestro viaje, á la casa del Sr. D. Francisco Pecoraro, quien nos trató con toda clase de atenciones: ésta es la única casa que hay en el valle, pues los demás que lo habitan tienen cabañas de juncos: está construída con adobes y es muy reducida, por lo que debimos dormir bajo nuestras tiendas como en la Pampa.

Aquí supimos que el Comisario de policía de los indios había llamado al cacique Sac-mata y al capitanejo Salpú para desbaratar la trama del brujo, obligarles á retirarse á sus tolderías y anunciarles la llegada del Gobernador, para que salieran á su encuentro. Estas noticias nos alegraron sobremanera, porque se nos proporcionaba una ocasión de hablar á solas con los caciques antes de que se abocaran con Cayupul: el señor Gobernador, por lo tanto, dió orden para que nuestra parada se prolongara hasta la llegada de los caciques, como así se hizo con grandes ventajas para mi misión.

SURIGAO (Filipinas)

Excursión por el río Siga, donde habitan los mamanuas.—Ven los expedicionarios que en las arenas del río se hallan pepitas de oro.—Infeliz estado de los mamanuas.

El R. P. Guillermo Llovera, de la Compañía de Jesús, en carta que desde Mainit escribe al Padre Superior de la Misión, dice:

MUY estimado en Cristo Padre Superior: Aunque son pocas las noticias que de esta Misión puedo dar á V. R., voy no obstante á escribirle la presente para hablarle de los mamanuas.

Empezaré por una excursión que hace algún tiempo hice al río Siga, que es donde viven los más salvajes

mamanuas, algunos de los cuales no están aún bautizados. Con el fin de ver si podría reducirles á que bajasen cerca del pueblecito de Santiago, para más fácilmente poder bautizarles, me determiné á ir á verles en sus mismos escondrijos. Efectivamente, del pueblo de Santiago partí para dicho lugar acompañado de algunos hombres de Jabonga, prácticos y sabedores del lugar en que los encontraríamos. Hay que notar que este río no es navegable como casi todos los demás de por aquí; viene de los altos montes que separan á Cantilan de Jabonga, por lo que está lleno de rocas grandes que, interceptando el paso del agua, forman multitud de cascadas que contribuyen á aumentar la dificultad del camino y la velocidad de la corriente. Por esto tuvimos que hacer el viaje á pie, cargando con todo lo que necesitábamos para el camino.

A una hora de viaje nos encontramos con un barrio de conquistas, compuesto de unas seis casas: éstos viven en un lugar llamado Asino-Asauan, y aunque son cristianos no quieren bajar á Santiago á vivir con sus compañeros: tienen un poco de camote en el monte que no les basta para vivir, por cuyo motivo mucho tiempo lo pasan cerca de las sementeras de los cristianos viejos, en las cuales cogen cuanto quieren, cuando no son vistos, y hasta alguna vez resisten á los dueños, si tratan de oponerse á sus rapiñas, con la fuerza. No obstante, nos dieron un panal de miel, que los que me acompañaban comieron con mucho gusto y á su manera. Cuando se va con ellos se conocen muchas de sus costumbres, si uno observa y sabe disimular, como quien no se admira de nada. Para comerse este panal no hicieron más que en el mismo canasto, hecho de la corteza de palma, romper en pedazos pequeños la parte del panal donde hay la cría de las abejas que aún no han nacido: después exprimen la miel, y con las dos manos uno revuelve bien aquellos trozos á fin de que esté bien mezclado todo; entonces es cuando todos empiezan á comer chupando aquellos trozos, que van cogiendo con la mano y saboreando con mucho gusto.

Después de este descanso proseguimos el camino, que se hizo muy dificultoso por las rocas grandes desprendidas del monte y que metidas en medio del río hacían dar mil vueltas á la corriente, por lo cual teníamos que pasar unas veces por encima de estas rocas, por algún agujero, otras por el lado haciendo lugar con el bolo por entre las ramas de los árboles que cubrían la orilla. Después de una hora de andar de esta manera desaparecen estas rocas y el río se presenta más llano. En este lugar hizo noche el P. Plana (Q. E. P. D.), una vez que vino á este río con el mismo objeto de ver á estos mamanuas.

En esta parte es notable este río por *el mucho oro que contiene*, pues á simple vista se ven multitud de moléculas de este metal mezclados con la arena. Al preguntar á los compañeros por qué no se dedicaban á recoger tanto oro como se perdía, me respondieron, que antes de dedicarse á la siembra y cultivo de abacá la gente de Jabonga venían á este lugar á recogerlo. Un hombre, me dijeron, con un poco de trabajo y diligencia podía en una semana recoger un cate de este metal, que les valía cosa de tres pesos. Ahora por estar lejos el lugar, y porque toda la gente se dedica á

la explotación del abacá, ya no va nadie, y por esto es que ahora hay mucha abundancia de él, pero se pierde. Mucho se podría obtener si se explotasen los depósitos que de este metal ha de haber en este río, pues hasta muchas piedras tienen filamentos de oro, como lo vimos en algunas que rompimos.

Después de pasar este trecho de río, vuelve á presentarse más difícil la subida, porque vuelven á aparecer las rocas, aunque no tan grandes como al principio. Como no hay camino, siempre se ha de viajar por la misma orilla, lo que obliga á pasar de una parte á otra repetidas veces, lo que se hace siempre metidos en el agua y á veces con peligro por la velocidad de la corriente.

Así caminamos hasta la noche. Los que servían de

Cuando quisimos hacer fuego para hacer un poco de cena estuvimos á punto de no poder hacerlo, pues los fósforos se habían mojado. Felizmente uno se había provisto de una cajetilla de fósforos sin pensar sin duda que hubiesen de ser de tanto provecho. Teniendo fuego ya pudimos rehacer nuestras fuerzas con una media cena, porque los que iban delante traían un poco de pescado que había de servir para la cena de la gente, á falta del cual tuve que darles unos cuantos huevos que traía. Por otra parte, los dos prácticos también traían parte de la comida, y así es que unos y otros tuvimos que industriarnos como pudimos. Como estos mismos se habían quedado con algunas mantas que debían de servirme de abrigo para la noche, y un poco de ropa para cambiármela, de aquí resultó que



TUNKIN.—Familia de un intérprete. (Pág. 198)

guías, como eran prácticos en el lugar y en tal clase de caminos, iban delante haciendo de vanguardia; algunos, que no éramos tan ligeros como ellos, íbamos un poco atrás, y los que traían los municiones de boca por ir cargados no podían seguirnos y se quedaron muy atrasados. Al ver nosotros que se acercaba la noche y no veíamos los que habían de proveer para la cena, nos resolvimos á esperarlos, y nos paramos hasta que llegaron; pero los de delante, que traían parte de la comida y además algunas mantas para abrigarnos de noche, no lo hicieron así, y así es que llegó la noche y no los alcanzamos.

Por fin, viendo que ya no podíamos andar por causa de la obscuridad nos resolvimos á pararnos en el lugar mejor que encontramos, que era la misma orilla del río.

después de cenar tuvimos que acostarnos todos en el suelo sin abrigo: yo, sin poderme cambiar la ropa mojada, me eché encima de un saco donde traíamos un poco de arroz, cuidando de abrigarme con otro saco vacío, y para que no faltase techo extendí el paraguas.

Gracias á Dios que durante la noche al abrir los ojos para ver dónde estábamos, veíamos brillar las estrellas, lo que nos anunciaba que no nos veríamos molestados por la lluvia. Pasamos la noche sin novedad, y á la mañana siguiente, después de una hora ó dos de haber caminado como el día anterior, nos salió al encuentro el hijo de un maturanua que nos condujo donde estaban los dos que nos habían de enseñar el camino.

Observé también algunas prácticas religiosas de estas gentes. Varias veces he visto que clavaban en el

suelo tres troncos de poco más de un metro de elevación en forma de triángulo, y al fin supe que encima de estos troncos ponían un poco de comida, ofreciéndola á Dios porque se la da. Principalmente hacen esto al principio de recoger la miel, poniendo un plato sobre estos tres troncos con un poco de miel. Por supuesto que se la comen después de haber cumplido con esta ceremonia. Lo mismo hacen al principio de la caza de jabalíes, que son las dos cosas en que toman más empeño, porque con la cera adquieren muchas cosas, ya vendiéndola, ya cambiándola con bolos, ropa, calderos ú otros utensilios; y los jabalíes les proporcionan mucha comida.

Después de haber hablado un rato con este mameana, y haberle hecho algunas preguntas, y haberle hecho ver cuánta ventaja sería para él el vivir de asiento en el pueblecito de Santiago, al menos cerca de él para que pudiese verle más á menudo el Padre misionero, nos dijo que sí que bajaría á dicho lugar, pues ya en él vivía su padre. Esto tienen estos mameanas, que todo lo prometen y á todo dicen que sí, por difícil que sea, pero después se olvidan, y siguen viviendo á su manera y gusto. Es verdad que vino á ver al Padre á Jabonga, pero después se volvió al monte. Durante el tiempo de las lluvias viven en las alturas, donde tienen también algunas sementeras de camote, y en tiempo de poca agua bajan cerca de los ríos, y con algún pescado y algunas frutas silvestres y animales se pasan la vida. Algunos otros compañeros de este mameana hacía tiempo que se habían ido á Gigaquit á buscar tabaco, que aprecian tanto casi como la comida; por eso no pudimos verles, pero nos prometió que nos los traería al convento, de lo cual me alegraría mucho; pues algunos, aunque viejos ya, no están bautizados. Es muy difícil el poder hablar á estos monteses, puesto que siempre están en movimiento de una parte á otra, y en un instante tienen casa en cualquiera parte; así es que éstos, unas veces están en Cantilan, otras en Gigaquit, esto es, en los montes de estos pueblos; porque á la misma población pocos rara vez bajan.

Para que vea V. R. lo que son, voy á contarle lo que sucedió con este que vimos en esta expedición. En una de sus excursiones dejó en su casa á su padre enfermo; á la vuelta lo encontró ya difunto, y en corrupción ya el cadáver insepulto, en la misma casa.

Cuando uno habla con ellos no parece que sean tan infelices, pero en sus obras demuestran lo que son. Por eso es muy difícil el tener que habérselas con estos infelices mameanas. Siempre se les ha tratado con mucha paciencia y blandura y han recibido muchos regalos del misionero, pero ellos prefieren la libertad del monte. Si á la suavidad se añadiese un poco de temor, ó se les pudiese amenazar al llevar vida tan salvaje, creo que se sacaría algún provecho, pero esto último es muy difícil. Algo se podría hacer desde Cantilan, Gigaquit, Jabonga y Cabarbarán si los gobernadorcillos de estos pueblos pusiesen un poco de trabajo en hacerles bajar del monte, pues los montes que están entre estos pueblos son el lugar de sus escondites.

Los negritos de San Roque son los que se portan mejor; pues aunque no vivan de continuo en el pueblo, vienen á él con mucha frecuencia, sobre todo cuando

son llamados por el misionero: hace poco que hicimos la iglesia y convento nuevos, y era un gusto ver como todos trabajaban, pero siempre que trabajan ó les visita el Padre tiene que pagarles la comida ó al menos el tabaco.

¡Cuánto sería de desear, Padre Superior, que se pudiese reunir en un solo pueblo á todos los mameanas que ahora están esparcidos por todos estos ríos y montes! entonces sí que sería un pueblo respetable, que merecería el nombre de tal, y de mucha gloria de Dios; pero hace muchos esfuerzos el demonio para mantenerlos apartados de la verdadera senda que conduce al cielo, valiéndose para esto de multitud de cristianos viejos que los tienen esclavos para poder sacar de ellos cuanto pueden, engañándoles, ya en el trabajo, ya con el comercio, siendo ellos la principal causa del desdichado estado de estos infelices.

Por eso roguemos á Dios para que abra los ojos, á los unos para que comprendan el mal que hacen, y á los otros para que vean su infeliz estado, y rogándole al mismo tiempo que nos dé á nosotros su gracia para poder servirle y trabajar con fruto en la viña que nos ha encomendado.

UNA PASTORAL VISITA AL TUNKIN

POR EL R. P. ROBERT, DE LAS MISIONES EXTRANJERAS

III

Bendición solemne de un cementerio.—De Cua-Bang á Thanh-Hoa.—Un recuerdo del P. Pinal (1).

EL 8 de Septiembre se verificó la imponente ceremonia de la bendición de un cementerio.

La procesión, partiendo de la iglesia, se dirigió por la orilla del mar al emplazamiento escogido, al pie de la montaña Nui-Thui.

Su ilustrísima iba precedido de la cruz, de los tambores, flautas y banderas, de los principales notables en traje de ceremonia, y del clero recitando las Letanías de los Santos y los himnos fúnebres.

El sol poniente iluminaba con sus últimos rayos este espectáculo, tan propio para elevar el alma hacia el Dios Creador y juez de vivos y difuntos.

Procedióse á la bendición conforme á las bellas ceremonias de la santa Iglesia, y efectuóse el regreso á la luz de las antorchas.

La parroquia de Cua-Bang, administrada por un párroco y un vicario, los Rdos. PP. Si y Dinh, es la más considerable de la provincia. Su población cristiana alcanza la cifra de cuatro mil almas, dispersas en veinte aldeas, distante tres horas la más próxima, y dos jornadas la más lejana.

La cifra de sus mártires de estos últimos años se eleva á ciento ochenta y seis.

My-Dien, 10 de Septiembre.—Terminada nuestra primera etapa, tomamos el camino real que conduce á la ciudad de Thanh-Hoa.

Al cabo de dos horas el Ilmo. Gendreau y el P. Chaize

(1) En las págs. 197, 200 y 201 damos copia de tres fotografías que el Padre misionero nos remite junto con la relación.

se detienen en la cristiandad de Thung-Chien, para visitar y dirigir palabras de aliento á los fieles.

En Hoai-Yen S. I. abandona el camino mandarinal para hacer el resto del trayecto en barca, y el viernes á las cuatro de la tarde llega á Thanh-Hoa.

Su ilustrísima devuelve al señor Residente la visita que le había hecho en Cua-Bang, y quiere presentarse en casa de Tong-Doc, mas este mandarín pretexto una indisposición para cerrarnos la puerta.

La cristiandad de la ciudad de Thanh-Hoa forma parte de la parroquia de My-Dien, y cuenta unos doscientos católicos.

Hace algunos meses se fundó allí la Santa Infancia, que ha enviado ya al cielo más de sesenta niños paganos.

Al frente de este establecimiento está la última superviviente del único convento de Religiosas Amantes de la Cruz que existía en Thanh-Hoa.

El día siguiente abandonamos la ciudad para ir á My-Dien, donde nos obsequiaron espléndidamente.

—
25 de Septiembre.—Habiendo partido de My-Dien el 24 á las nueve y media de la noche, en la mañana del 25 llegamos á Giang-Hen.

Las seis parroquias de Thanh-Hoa tienen sus capitales á orillas de un río, lo que hace muy fáciles las comunicaciones á pesar de los innumerables rodeos de las vías fluviales en el Tunkin.

Su ilustrísima felicitó á esta cristiandad por la abnegación heroica de que dió prueba en favor del P. Pina-bel en Enero de 1884.

Este Padre era el único que había escapado á la matanza de misioneros y á la destrucción de la naciente Misión del Laos. En su huida cayó en manos de cincuenta soldados y un mandarín que iban en su busca por la montaña. Atáronle y pusieronle una canga al cuello, y después de despojarle de parte de sus vestidos lo condujeron á la presencia de los mandarines superiores de la ciudad, entre las injurias y groserías de que es tan rico el vocabulario de la soldadesca anamita.

Al cabo de tres días de penosísima marcha el Padre pudo obtener un sombrero de mendigo; pero tenía los pies hinchados cuando el cortejo llegó cerca de Ke-Va. Allí los cristianos, con peligro de la vida, acudieron á atestiguarle con sus lágrimas la parte que tomaban en sus sufrimientos; diéronle vestidos, y una mujer quiso seguirle para proveer á su subsistencia y lavarle la ropa.

—
Después de viajar parte de la noche, llegamos á Ke-Lang, capital de la parroquia que se extiende á ambas orillas del Song-Su. A la mañana siguiente, muy temprano, celebrada la Misa, continuamos el viaje por el río.

Nos acercábamos, por fin, al término de nuestro viaje. Dibujábase la silueta de las montañas al pie de las cuales se halla Muc-Son. Eran las dos de la tarde del 26 de Septiembre: habíamos hecho treinta y tres horas de marcha consecutiva.

Poco antes de llegar pasamos por algunas cristiandades situadas á lo largo del río.

29 de Septiembre.—Los paganos de la aldea de Nhu-Ang, situado al lado opuesto del río, vinieron á saludar á S. Ilma.

Un antiguo jefe de distrito vino también con dos de sus hijos, y nos dijo que siempre había estado en buenas relaciones con el párroco y los cristianos, y que estimaba nuestra Religión tanto como la suya.

—Hazte, pues, cristiano, le dijimos.

Y partió contestándonos que hablaría de ello con los hombres de su pueblo y que nos traería la respuesta.

MISIÓN CATÓLICA DE LANDANA (CONGO)

POR EL P. CAMPANA, DE LA CONGREGACIÓN DEL ESPÍRITU SANTO

Segunda parte

V.—ESTADO DE LAS PERSONAS EN LA SOCIEDAD

Poligamia

COMO la mujer en esta parte de Africa es una propiedad vendida por el padre y comprada por el marido, natural es que la poligamia no dé origen á ninguno de esos sentimientos de que la estimación y la simpatía son los elementos necesarios.

Reducida al papel de esclava, la mujer siente por su marido más temor que afecto.

En el Congo la poligamia está autorizada por las leyes: al hombre se le permite casarse con tantas mujeres como quiera, y en efecto tiene todas las que puede comprar y mantener.

En la región de Landana los jefes tienen generalmente cuatro mujeres, los *fumus* dos ó tres, y los esclavos sólo una.

Asociada á la grandeza, la poligamia es considerada como digna de alabanza; asociada á la pobreza, la monogamia atrae el menosprecio.

Parece que los que cuentan varias mujeres en el Congo, guardan más consideraciones y miramientos á la primera con quien se casaron; lo que parece indicio de la evolución de estos pueblos hacia la monogamia.

Casamiento

Los padres dejan á los hijos en libertad para elegir esposa.

El casamiento de las hijas es considerado como un negocio de familia, una especie de mercado.

Cuando una joven llega á la edad núbil sus padres la envían al campo un día entero, acompañada de algunas matronas; y cuando está lejos, su madre llama á las vecinas, que se reúnen para componer con pedazos de corteza, arena fina y raíces olorosas, una especie de ocre ó tintura roja llamada *takul*.

Preparan esta tintura entre zambra y cantos de alegría, excitada por algunos vasos de tafia.

Mientras que la madre dirige esta operación, el padre construye una cabaña que debe servir de lugar de retiro á su hija durante cierto tiempo, y que se designa vulgarmente con el nombre de cabaña de *tinta* ó casa de *takul*.

Al efecto alfombra el interior con esteras, lo adorna con cuadros, é instala algunas camas. En medio de la cabaña suspende un pañuelo con cascabeles: á aquel

que los toca se le condena á pagar una botella de tafia, una calabaza de vino de palma, un plato ú otro objeto por el estilo.

Al anochecer un grupo de mujeres y de muchachas se oculta entre las hierbas, cerca del camino que debe seguir aquella por quien se hacen tales preparativos.

Apenas la ven se precipitan sobre ella gritando: ¡*Kikumbie*! (es el nombre que llevará durante su retiro), y echándole un puñado de *takul*, para significarle que ya no puede huir ni evitar la cabaña de *tinta*.

En seguida la acompañan á la nueva vivienda, mientras que ella llora, gime, forcejea con todas sus fuerzas y maldice el día que nació. Todas estas demostraciones son puras formalidades, que se ve obligada á hacer so pena de pasar por impudente y desvergonzada.

El alegre cortejo marcha en buen orden: preceden las jóvenes mezclando sus aclamaciones y gritos entusiastas á los de las viejas matronas que las siguen majestuosamente. Unas arrojan á la heroína de la fiesta hojas de árbol en señal de contento, y otras invocan en su favor á los dioses penates, deseándole toda suerte

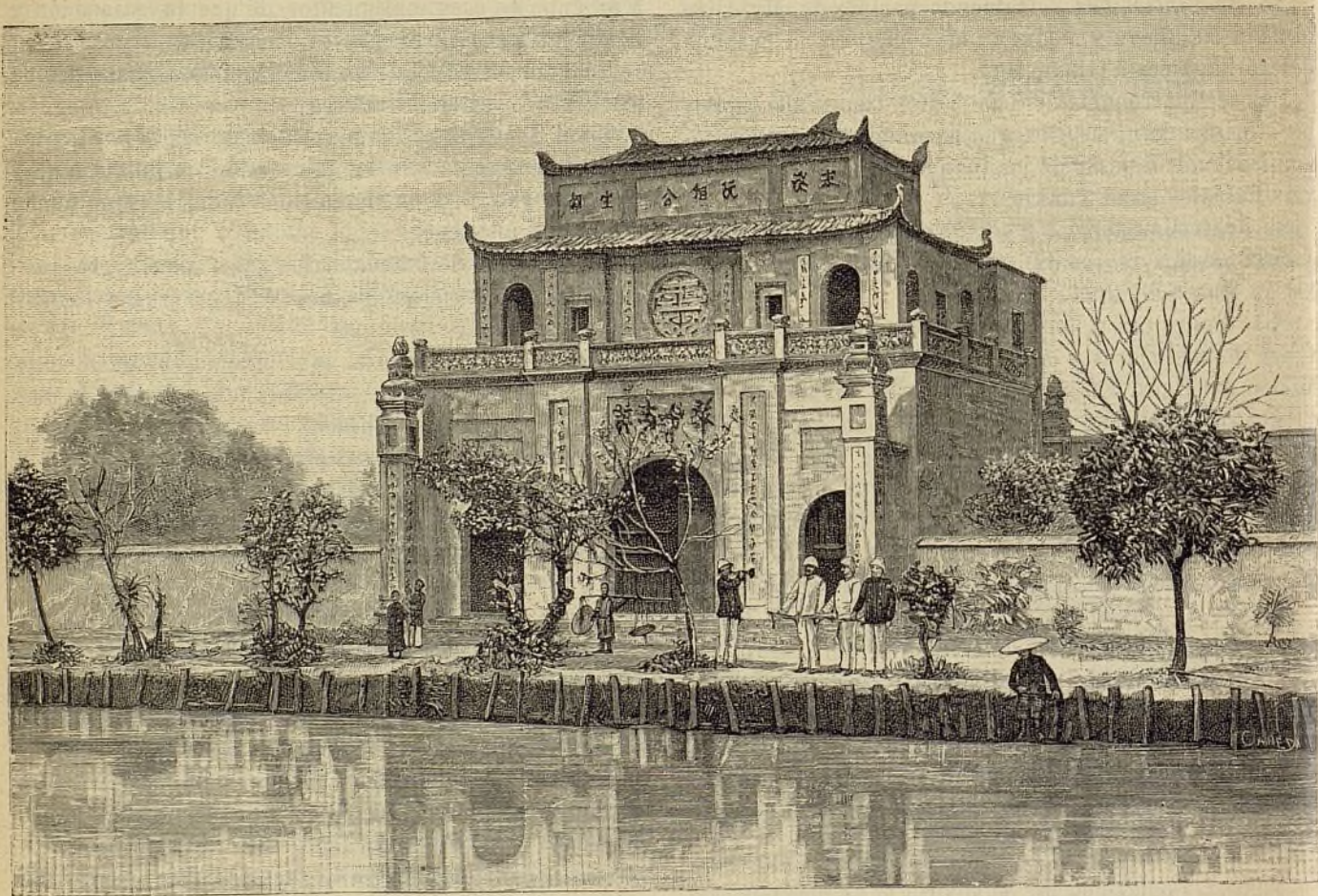
tomar un baño y la embadurnan de *takul*: luego le ponen en los brazos y los pies anillos de cobre, cual peso varía según la riqueza y categoría de los parientes. Pónenle asimismo collares de coral y perlas.

Así compuesta, la *Kikumbie*, resignada á su suerte, va á tomar posesión del lugar que le está reservado en el interior de la choza, donde tiene que pasar tres lunas con sus compañeras más jóvenes, que deben prepararle el *takul* con que se embadurnará todos los días.

Una persona comisionada al efecto vigila la choza, con orden de rechazar á quien quisiera entrar en ella.

La joven que se atreviese á contraer matrimonio sin pasar por la casa de *takul*, sufriría las mayores desventuras: los fetiques se declararían contra los habitantes; cesaría de llover; la tierra no produciría; la pesca sería infructuosa, y los hijos que naciesen de tal unión serían considerados como monstruos.

Después de este retiro, la joven está en disposición de tomar estado, y los padres la dañ al mejor postor. El hombre que quiere casarse ofrece por ella una suma más ó menos considerable según que es libre, noble ó



TUNKIN.—Pagoda del Kinh-Lug. (Pág. 198)

de prosperidades y de ventura en la familia que formará al salir de la cabaña.

Llegado á la casa paterna, el cortejo se retira, y se introduce la joven *Kikumbie* en la habitación que se le ha dispuesto, donde llora hasta que el sueño viene á cerrar sus párpados.

La mañana siguiente muy temprano las jóvenes que formaron parte del cortejo, van á buscarla, le hacen

hija de rey. Generalmente se paga á los padres de sesenta á ciento veinte francos y algunas botellas de tafia.

Concertada la compra, queda por el mismo hecho ajustado el matrimonio: la mujer pasa á ser propiedad de su marido, y si muriese poco después, éste tendría derecho á reclamar el dote que había dado ó de exigir otra mujer.

En general á la mujer sólo se la aprecia por los ser-



TUNKIN.—Puerta monumental del hospital de Quang-Yen. (Pág. 198)

vicios que puede prestar, sin que para nada se tengan en cuenta sus cualidades morales.

Las bodas se celebran con cierta solemnidad. Concurren los parientes, amigos y vecinos, que ofrecen á los novios collares, brazaletes y otros adornos. Reúnense en alguna pradera vecina á la cabaña del nuevo esposo, y al són de destemplados instrumentos, organizanse danzas y prepárase la mesa del festín.

Oradores improvisados ensalzan la genealogía, la belleza, la riqueza y generosidad de los novios.

Sucede á veces que una mujer que tiene queja de su marido, le abandona y vuelve á la casa paterna. Para recobrarla, aquél debe hacer un presente á su mujer, y si ésta consiente en seguirle restablécese la paz.

En caso contrario, hay que reembolsar al marido lo que dió por ella, y el casamiento queda anulado. La mujer no puede volver á casarse legalmente. Todos los hijos que tuviere pertenecen á su marido.

MANDCHURIA Y SIBERIA ORIENTAL

POR EL R. P. ADRIANO LAUNAY, DE LA SOCIEDAD DE MISIONES EXTRANJERAS

VIII

Destierro de los dos misioneros presos. — La situación religiosa. — Los rusos en Mandchuria

MIENTRAS que los misioneros arrastraban sus hierros de prisión en prisión, el Rey de Paline llegó á Pekin, y apresuróse á remitir al Ministerio de Ritos los Breviarios de los sacerdotes extranjeros,

y á informar al Emperador del arresto que acababa de hacer en las llanuras de Mongolia.

Hien-fung, que se mostraba muy benévolo con los cristianos, y que además tenía presentes los tratados con Francia, no quería desde el principio de su reinado, exponerse á reclamaciones diplomáticas: así se mostró muy descontento por la conducta del reyezuelo, se negó á recibirle, y dió orden al mandarín de Je-ho para que pusiese en claro el asunto.

Un delegado del mandarín partió para Ulane-hata, puso desde luego en libertad á los misioneros, y los condujo á Je-ho, donde los mandarines redactaron un documento en que se manifestaba que *Li* y *Ngai* eran «maestros de la Religión del Señor del cielo, que enseña el bien y prohíbe el mal.»

El gobernador anunció luego á los predicadores del Evangelio que se les conduciría á Cantón, y los encomendó á dos mandarines que debían tratarlos como sus iguales.

Así fué en efecto, pues los mandarines les guardaron las mayores atenciones, les hicieron visitar parte de Pekin, los presentaron á sus colegas como nobles extranjeros á quienes se debía honor y respeto, y mandaron hacer una bandera con la inscripción: «Mandarines del reino de Francia,» y con ella ondeando en el mástil de su junco, los misioneros entraron en el puerto de Cantón el 6 de Febrero de 1851.

Ser expulsado de Mandchuria no implicaba la imposibilidad de volver á ella, y al cabo de algún tiempo los R.R. Negrerie y Franclet volvieron á su Misión, donde

encontraron al vicario apostólico Ilmo. Verrolles, que había regresado de Roma, y al activo y hábil provicario Ilmo. Berneux, secundados al Oeste por el R. Pourquié, que tenía á su cargo el distrito de los Pinos, al Este por el R. Mesnard; al Norte por los RR. Venault y Colin, valiente misionero que á veces se lamentaba de no hallar entre sus cristianos mayor fervor y piedad.

«No hay aquí hombres de grandes virtudes ni de grandes escándalos: las pocas almas escogidas pasan inadvertidas entre el vulgo.»

El Ilmo. Verrolles exponía las dificultades de las conversiones con estas palabras:

«Nuestro ministerio es muy uniforme. Aquí un pagano, solicitado desde muchos años por la gracia, conviértese por fin y pide el Bautismo. Cada año algunas familias se convierten á la fe; pero son casos aislados: ¿cuándo vendrá el tiempo de la grande cosecha?

«Los libros de Religión son por lo regular leídos. Ordinariamente los paganos nos los devuelven alabando su doctrina.

«—Verdaderamente esto es bello, dicen.

«—Pues bien, ¿cuándo os haréis cristianos?

«—*Aia! nan, nan hing...* (*Durus est hic sermo*).

«Este pueblo eminentemente positivo y material no ve nada serio más que el dinero y el lucro.

«En este país al Norte de la gran muralla, menos poblado que el resto de la China, y donde cada cual conoce mejor á su vecino, el respeto humano es otro obstáculo serio á la propagación del Evangelio. Las leyes nos son contrarias, y á los ojos de los indígenas el Catolicismo es un código de revoltosos, una religión extranjera, una secta estúpida que, no haciendo caso del presente, se preocupa del porvenir; secta de locos, que adoran á un Crucificado.

«Sin embargo, las comunicaciones con los europeos, que tienden á aumentar de día en día, nuestra inmensa superioridad en las ciencias y las artes, en la guerra, la mecánica y los productos de la industria, que les obliga, bien á pesar suyo, considerarse respecto á nosotros como ignorantes, todo disminuirá cada vez más el oprobio que aquí pesa sobre el nombre cristiano (1).

«En Mukden, parroquia compuesta casi enteramente de pretorianos, tenderos y domésticos, la segunda del imperio, donde reina el lujo con todos sus vicios y corrupción, hemos contado más de ciento cuarenta confesiones pascuales entre doscientos católicos adultos. Lo mismo puede decirse á corta diferencia de Yan-kuan, Scha-ken y Pa-kia-tze.

«Triste era el estado en que hallé esta Iglesia en 1840. ¡Cuántas ruinas, qué olvido de Dios y qué abandono! Puse manos á la obra, siendo en todas partes mal recibido por el cisma ó á causa del miedo, y al primer año ya cosechamos algún fruto. Luego el R. de la Brunière, y más tarde los RR. Berneux y Venault y los otros misioneros han trabajado mucho, desarrollando con fortuna lo que mis débiles manos habían plantado en medio de estas ruinas.»

(1) Desde que fueron escritas estas palabras, se ha desarrollado notablemente la evangelización de los paganos manchúes: las conversiones anuales exceden de 800.

Junto á la iglesia de Nuestra Señora de los Pinos el Ilmo. Verrolles hizo construir un seminario, que reemplazó ventajosamente el de Pa-kia-tze.

1854 el hambre que desoló á Mandchuria dió á los misioneros ocasión de desplegar su celo, y el gozo de verlo largamente recompensado, pues en poco tiempo registraron más de dos mil bautismos.

El hambre engendró el bandolerismo, como es de rigor en Extremo Oriente, y la guerra civil que reinaba en China y lanzaba á Mandchuria algunas de sus partidas de ladrones y asesinos, aumentó el desorden.

Ya hemos dicho algo de las primeras expediciones de siberianos y rusos por el Saghaliano, y de sus conquistas bruscamente interrumpidas por las tropas de Kang-hi. Desde entonces el Gobierno de San Petersburgo había continuado con menor energía su campaña, sin por eso abandonarla completamente.

Los gobernadores siberianos no cesaban de formar proyectos de anexión, unos á mano armada, y otros por vía diplomática; pero China se desentendía de todo, y á las amenazas de los rusos oponía su flotilla de guerra, que iba en aumento, y sus guarniciones atrincheradas en los fuertes.

Las exploraciones de La Pérouse en 1785, y de Broughton en 1797 contuvieron algo el celo moscovita, sin que por eso el Gobierno ruso renunciase á sus esperanzas, pues continuó enviando embajadas al Japón y á la China.

En 1805 el conde Golovkine fué á Pekin y solicitó el derecho de navegación sobre el Amur y el libre ejercicio del comercio en toda la frontera; mas el Tsung-li-Yamen se mostró hostil á sus proposiciones, y el diplomático tuvo que volverse sin haber obtenido nada. Su viaje no fué sin embargo inútil para los intereses rusos, pues recogió importantes informes sobre la frontera china y los medios de ataque y defensa.

Durante cuatro años no adelantaron un paso las negociaciones. El Gobierno ruso dudaba aún si le era necesario tomar alguna posesión en el Océano Pacífico, y contentábase con mantener en Okhotsk y Petropawlok, la que convirtió en puerto franco, dos guarniciones de setecientos hombres.

En San Petersburgo inclinábanse ya á abandonar aquellas tristes y áridas regiones, cuando llamaron nuevamente la atención sobre el Saghaliano el gran número de balleneros extranjeros que multiplicaban sus expediciones al mar de Okhotsk, la expedición inglesa á China, y los tratados con la Gran Bretaña y Francia.

Importábale á Rusia no dejarse suplantar en el Grande Océano. Envió primero al subteniente Graviolof, que reconoció la embocadura del Saghaliano.

En 1847 el general Mouravief fué nombrado gobernador de la Siberia Oriental. Instruido y enérgico, decidió terminar de una vez la cuestión, y envió al capitán Nevelsky para hacer una exploración minuciosa del mar Okhotsk y comprar á los giuliacks independientes, que habitaban al Norte del Saghaliano, un territorio para fundar una factoría.

El capitán comprobó los sondeos hechos por Gravi-
lof, envió uno de sus subtenientes al canal más accesible del Amur, y luego, adelantándose osadamente por el Sur, se internó entre Sakhalin y tierra firme y descubrió un estrecho.

El problema geográfico de la comunicación del Amur con el mar Okhotsk y la Mancha de Tartaria estaba resuelto.

Durante tres años el general Mouravief no cesó de extender su acción sobre aquella tierra prometida.

Fundó el puerto de Nicolaievsk en la embocadura del Amur, donde enarboló el pabellón ruso, y veinticinco marineros al mando del teniente Boshniak, guardaron la entrada del río, del que el Gobierno se decidía á tomar posesión.

Otro oficial ruso exploró los ríos Amgun, Gorine y Sakhalin, en el que descubrió yacimientos carboníferos. Lo ocupó en nombre de Rusia con la bahía de Castries, estableciendo estaciones.

Las tribus tungusas, orotchonas, goldas y giuliacks (*V. los grabados, págs. 204, 205 y 208*) no hicieron resistencia alguna, dominadas desde luego por el aspecto imponente de las estaciones rusas, y ganadas en breve por el cebo del comercio que se estableció y aumentó rápidamente.

FLORES DE COREA

POR UN PADRE DE LAS MISIONES EXTRANJERAS

XIII Y ÚLTIMO

Martirio de los RR. Pourthié y Petitnicolas, del Ilmo. Daveluy y sus compañeros (1866)

MIENTRAS que se conducía al Ilmo. Berneux y sus compañeros al suplicio por la orilla del río, dos pesados vehículos arrastrados cada uno por dos bueyes se detuvieron ante la cárcel de los grandes criminales. Una cruz grosera, sólidamente fijada por el pie, se levantaba en cada uno de los carros para recibir en ellos una víctima. Abriéronse las puertas de la cárcel, y los verdugos sacaron dos prisioneros que sujetaron cada uno á su cruz con cuerdas, por los brazos, las rodillas y los cabellos. La sentencia, borroneada en una tablita y colocada sobre su cabeza, indicaba su crimen, sus nombres y dignidades. Eran el mandarín Juan Nam y Tomás Hong.

Así que los carros hubieron salido del recinto de la ciudad, los feroces conductores, á fin de aumentar los padecimientos de sus víctimas, aguijonearon á los bueyes para que corriesen entre las piedras y baches del camino. Los infelices pacientes, cuyos cuerpos estaban ya debilitados, no pudieron resistir la atroz tortura y perdieron el conocimiento. Al llegar al sitio de las ejecuciones, los verdugos cortaron los lazos que les sujetaban á la cruz, y los dejaron caer al suelo como una masa inanimada. Transportaron luego los infortunados al patíbulo, y les cortaron la cabeza. Durante quince días abandonaron sus cuerpos á los animales carnívoros, que respetaron los preciosos restos. Sólo entonces pudieron los cristianos enterrarlos decorosamente. La familia del mandarín Juan fué desterrada para siempre, y su an-

ciano padre condenado á morir de hambre con su nieto de solos catorce años.

El mismo día los RR. Pourthié y Petitnicolas fueron conducidos por los satélites á Seul. El R. de Bretenières les había escrito la triste nueva del arresto del ilustrísimo Berneux; y al día siguiente de recibir el billete vieron con asombro invadido por los satélites su ignorado retiro.

En presencia del mandarín que había ya juzgado al Ilmo. Berneux, los dos misioneros mantuviéronse firmes, y después de crueles torturas fueron condenados á muerte. Al cabo de tres días de su llegada á Seul, el 11 de Marzo de 1866, cayó la cabeza del R. Pourthié al primer sablazo, y la del R. Petitnicolas al tercero.

Habían pasado diez años en Corea. Ambos entraron el mismo día en el reino coreano, permanecieron cinco años juntos, compartieron las mismas penalidades, y juntos volaron á la gloria.

Excitados por la sangre derramada, los perseguidores redoblaron su actividad para apoderarse de los restantes sacerdotes é inmolár á todos los cristianos. Antes que éstos volviesen en sí de su terror, les llegó la noticia del arresto del Ilmo. Daveluy. El piadoso Obispo, conociendo que un traidor les vendía, quiso tomar una resolución heroica para evitar á sus queridos neófitos la tentación de apostatar y los crueles peligros que les amenazaban. Nuevo Jonás, pensó en presentarse á las bandas que infestaban el país, á fin de apaciguar la tempestad.

Pronto se le unieron los RR. Aumaitre y Huin; juntos deliberaron lo que convenía hacer para escapar á sus perseguidores, y vieron la imposibilidad de hallar un asilo seguro. Poniéndose en manos de la Providencia se separaron, retirándose cada uno á una aldea vecina, sin esperanza de permanecer mucho tiempo ocultos. En efecto, después de varias tentativas de fuga fué preso el Ilmo. Daveluy, haciéndole luego compañía los RR. Huin y Aumaitre. A instancias de los presos, que se habían presentado voluntariamente, los satélites dejaron en paz á los cristianos. El sirviente del Prelado, que le era muy adicto, no quiso abandonarle, y compartió la suerte de los tres venerable prisioneros.

Fueron trasladados todos á la capital, donde sufrieron los tormentos acostumbrados. El Ilmo. Daveluy, muy versado en la lengua coreana, hizo una apología de nuestra santa Religión; mas su elocuencia no logró otra cosa que ser tratado más cruelmente por sus verdugos.

Firmóse la sentencia de muerte, y sin una indisposición del joven rey hubiera sido ejecutada inmediatamente. Habiendo declarado los hechiceros que la muerte de los presos pudiera neutralizar el efecto de los sortilegios y las supersticiones que hacían por la salud del soberano, abstuviéronse de derramar sangre en los alrededores de la capital, y condujéronlos á veinticinco leguas al Sur de Seul.

Habíase unido á los mártires José Tiens, huésped del R. Pourthié. Sus piernas, en las que descargaron crueles golpes, las habían groseramente envuelto con papel aceitado, y no podían sostenerle. Montaron todos en caballos, y emplearon el viaje en santas meditacio-



MANDCHURIA.—Mujer giuliack con su hijo en la cuna. (Pag. 203)

nes y cánticos de acción de gracias. Su tranquilidad era objeto de asombro para todos aquellos á quienes la curiosidad atraía al lado de los misioneros.

El Viernes Santo los cinco confesores fueron conducidos á la playa. La multitud era inmensa, y con dificultad podían contenerla doscientos soldados armados con largas picas.

Los verdugos, después de despojar al Ilmo. Daveluy de todos sus vestidos, le sujetaron los brazos á la espalda, y le hicieron arrodillar inclinada la cabeza hacia adelante. Entonces comenzó una escena inaudita. Por un infame cálculo el verdugo, en vez de cortar la cabeza de un solo golpe, le hizo una prolongada herida de la que salía la sangre á borbotones. Entonces, arrojando el sable, rehusó continuar su tarea, á menos que se le concediese aumento de salario. Especulando con la piedad que los sufrimientos atroces del mártir debían

despertar en el mandarín, había escogido este momento, en que se creía necesario, para formular sus exigencias. Empero, la avaricia dominaba también en el corazón del mandarín, y mientras que la víctima, bañada en sangre, se retorció en las convulsiones de una agonía horrorosa, aquellos hombres, ó más bien aquellos tigres regateaban friamente el salario del ejecutor.

Por fin, después de prolongada discusión, cerróse el innoble trato, y otros dos sablazos terminaron los padecimientos del Ilmo. Daveluy.

El R. Aumaitre recibió dos golpes, y uno solo bastó para el R. Huin y los dos cristianos sus compañeros. Los cuerpos de los mártires permanecieron tres días en la playa, abandonados á los animales carnívoros y á las aves de presa, que no obstante los respetaron. Finalmente, los paganos de los alrededores los enterraron en una fosa común, y sólo al cabo de muchos meses, cuando cedió algo la violencia de la persecución, algunos valerosos cristianos les dieron más honrosa sepultura. Encontraron entonces los cuerpos de los mártires intactos y sin mal olor, á excepción del R. Huin, que dicese mostraba una ligera huella de corrupción.

Hacia veinte años que el Ilmo. Daveluy trabajaba en Corea, y nueve que había sido consagrado Obispo de Acona y coadjutor del Ilmo. Berneux, á quien sucedió solamente durante veintidós días. Lleno de celo por la memoria de los Mártires coreanos, dirigió con fruto los trabajos para hacer constar su vida y sufrimientos. Compuso y corrigió libros de piedad, y dió la última mano á un diccionario latín-coreano, obra utilísima, sobre todo á los misioneros jóvenes.

Este santo Obispo era muy mortificado, y sobremanera severo consigo mismo. Su celo por la salvación de las almas le hacía olvidar las enfermedades que le afligían, y asistía á

los cristianos con abnegación sin límites.

El R. Aumaitre estuvo en la Misión sólo dos años, y el R. Huin ocho meses. Los cristianos les amaban mucho, y atendida su salud y su celo prometían larga y fructuosa carrera.

Dios en su sabiduría los llamó á la corona desde el principio. Este era el único sentimiento del R. Huin al ser llevado al suplicio.

—¡Morir tan pronto, decía, sin haber podido aún hacer nada por la salvación de estos infelices paganos!

Santos deseos de corazón de apóstol, que se preocupaba por la suerte de sus propios verdugos, y olvidaba sus sufrimientos y su muerte, que era la prueba mayor y más eficaz de su amor por ellos.

Tales fueron las principales víctimas de la horrible persecución del año 1866. Otros tres misioneros, entre

ellos el futuro vicario apostólico de Corea, Ilmo. Ridel, escaparon á través de mil peligros y como por milagro á las pesquisas de sus perseguidores. Centenares de cristianos fueron muertos jurídicamente ó asesinados por los soldados; otros, en mayor número quizá, perecieron de miseria en las montañas y los bosques.

La última súplica de los apóstoles de Corea al caminar á la muerte fué la del divino Modelo de los Mártires en la cruz, una oración por sus verdugos, un sentimiento de compasión por aquellos infelices ciegos. ¡Ciegos, en efecto, eran aquellos tiranos y verdugos de la Corea, que de tal suerte abrían las puertas del cielo á sus víctimas, cerrándose á sí mismos el camino de la verdad y la salvación! Veían, sin poder comprenderla, la alegría sobrenatural que iluminaba el rostro de los Mártires mientras que blandía el sable sobre sus cabezas; oían con sorpresa sus himnos de triunfo en medio de los tormentos, y quedaban estupefactos de ese gozo ante la ignominiosa y terrible muerte que les preparaban.

Para ellos el sable del verdugo, como en otro tiempo la cruz para los judíos deicidas, era un escándalo y locura sin nombre.

El espectáculo de esta santa locura tuvo eco algunos meses más tarde en la capital de Francia. En Septiembre de 1866 la noticia del martirio de los dos Obispos y de siete misioneros de Corea llegó al Seminario de las Misiones Extranjeras. Deplorando los desastres de aquella interesante Misión, y la triste suerte de aquellos cristianos que quedaban sin pastor, los aspirantes á las Misiones dieron gracias al Señor por haberse dignado escoger una vez más en su Instituto, tan numerosas y puras víctimas.

¡Oh santo amor de las almas, abrásanos, consuénos y reina en todos los corazones! ¡Rey de los Mártires, sea á Ti perpetua alabanza!

EN LA COSTA DE ORO

(AFRICA OCCIDENTAL)

DIARIO DEL R. P. GALLAUD

II. — En Elmina (continuación)

Nombres propios de personas

ENTRE los fantis, todo individuo lleva un nombre que indica el día de la semana en que nació. Cada día de ella está dedicado á un espíritu particular que le da su nombre. Estos siete espíritus son: Ayisi, Adjo, Pena, Wiku, Yaw, Efi, Emen.

Los días de la semana los designan así:

Domingo, *Kwesida*; lunes, *Adjoda*; martes, *Ebenada*; miércoles, *Wikuda*; jueves, *Eyanda*; viernes, *Efida*, y sábado, *Memenda*.

Con frecuencia se añade otro nombre indicando el orden que el individuo tiene entre los hijos de su madre, pero no se emplean estos nombres, excepto tres; que son para un muchacho: *Mensa* (tercero), *Awotivé* (octa-

vo), y *Bedu* (décimo). Alguna particularidad habrá en estos nombres, cuando se les junta comúnmente al del día del nacimiento. Así llámase á uno *Kuamena-Mensa* ó *Cofi-Awotivé* ó *Kwesi-Bedu*, lo que ocurre todos los días, pero raras veces óyese *Cofi-Anan* (cuarto) ó *Codjo-Akun* (novenio).

A los mellizos se les da además un nombre que les es propio: *Ata*, para niños y niñas. Aquel de los dos á quien se considera primero se llama *Ata-Penin*, y el otro *Ata-Kuma*.

Por último, el niño que viene después de los mellizos, sea varón ó hembra, llámase *Tewia*, lo que me parece significar: Acabaron los mellizos. El que sigue á *Tewia* se llama á su vez *Nyankamago*, y el que viene detrás *Nyankamatuakosan*.

Al niño consagrado como esclavo á algún fetique le apellidan *Odonko*.

Otros nombres hay de personas que indican una cualidad, una ocupación, el país de origen; nombres que son propios para los esclavos ó para los niños cuyos hermanos han muerto en edad temprana, etc.

Creo no estará fuera de propósito terminar este artículo con los principales nombres que los fantis dan á



MANDCHURIA.—Giuliacks salvajes de orillas del Ussuri. (Pág. 203)

Dios. Llámale generalmente *Nyankopson* ó *Nyame*, lo que tiene el inconveniente de designar asimismo la bóveda del cielo. Los otros nombres más conocidos son: *Odomankoma*, que significa «el inmensamente rico;» *Otumfoo*, que es propiamente «el Todopoderoso.» Fácilmente se comprende por estos nombres, que si los negros atribuyen á ciertos espíritus inferiores ó fetiques grande influencia en cuanto ocurre en la tierra, reconocen la existencia de un Ser Supremo á quien todos los hombres y los mismos fetiques están sometidos, y de quien depende toda la creación. Así, como se ha dicho muchas veces, á pesar de las apariencias en contrario, los negros son monoteístas.

La familia

En la Costa de Oro, ahora como en tiempo de los Patriarcas, la palabra familia se toma en un sentido mucho más lato que el que generalmente se le atribuye en Europa. En Elmina la familia no se compone solamente del padre, la madre y los hijos, sino que se comprende en ella á los primos, con frecuencia aun á los más remotos, los tíos y sobrinos, sin excluir los esclavos. A menudo oiréis llamarse hermanos todos los primos, á veces aun el tío y el sobrino si difieren poco en la edad, y además los hijos del dueño y los del esclavo.

Si la desproporción de edad entre tío y sobrino es grande, éste llama padre á aquél.

Los negros llevan al más alto grado el espíritu de fraternidad. Todos los que se apellidan hermanos se colocan al rededor de la misma marmita para comer el *fufu*, y se prestan los vestidos con asombrosa facilidad. Aun entre los muchachos completamente extraños unos á otros, hay una especie de comunidad de bienes muy rara en Europa. Si uno de ellos compra por dos sueldos caña de azúcar ó alféncigos, los comparte inmediatamente con todos los presentes. La virtud más apreciada es tener buen corazón, y una de las más sangrientas injurias es decirle á alguien que tiene el «vientre amargo,» lo que significa tener mal corazón.

No hay entre los fantis asilos ni casas para los huérfanos, ni se siente necesidad de ellos. La familia entera cuida de aquellos de sus miembros pobres ó enfermos.

Hállanse en las casas de las personas ricas multitud de muchachos ó de ancianos que cuentan con el dueño para la manutención y el alojamiento. Para que no se vean frustradas en su esperanza, basta que pertenezcan de una manera ú otra á la familia. A esto se debe que raras veces se vea un enfermo abandonado ó un mendigo. En realidad, no he visto en Elmina sino una persona que pudiera pasar por mendiga. Era una mujer semiloca, casi constantemente sentada en la calle, separada de los demás, que habitaba ora en una casa, ora en otra, y que, según dicen, no tenía familia.

Poligamia

«Si el hombre que tiene varias mujeres enferma, morirá de hambre.

«Te gusta disputar, porque tomaste varias mujeres.»

Estos proverbios fantis demuestran lo que los negros en su buen sentido piensan de la poligamia.

Como se ha dicho, ésta es menos general en la Costa de Oro que en la de los Esclavos. En este último país

hay quien tiene cuatro mujeres. En Elmina los ricos paganos no escrupulizan sobre el particular, y jefe conozco que tiene dieciocho mujeres, pero difícilmente se hallará un cristiano, quiero decir, un bautizado, que conserve dos públicamente. Algunos protestantes piden el divorcio ante el magistrado inglés. La más fuerte razón que alegan para despedir á su mujer y tomar otra, es no tener hijos de la primera.

Aquí, como en todas partes, la poligamia no indica más que la desigualdad entre el rico y el pobre en los países donde el Cristianismo no informa las costumbres.

En el caso de separación de los esposos, el hijo sigue á la madre.

Gobierno

Siendo la Costa de Oro una colonia inglesa, la gobernación está en manos de administradores enviados por la Reina de Inglaterra. La mayor parte de ellos son militares, sin que los civiles estén excluidos. Cuando me hallaba yo en Elmina, el gobernador de la colonia, que comprendía entonces Lagos, era un médico. Su dominación sobre los indígenas es suave. Europeos que pagáis toda clase de impuestos directos é indirectos, ¿qué pensáis de los fantis, que no tienen que desembolsar ni un céntimo por sus casas ni por sus campos, que no están sujetos á prestación personal, y que cazan y pescan con toda libertad? Pueden ejercer cualquier oficio sin patente, y ninguno de ellos se verá obligado en su vida á un solo día de servicio militar. La aduana y los derechos para la venta de bebidas son las únicas cosas que producen dinero al Gobierno. Todo lo que entra en el país por mar está sometido á cierto impuesto, lo que aumenta el coste de las mercancías extranjeras.

¿Creeríais que, bajo un régimen tan suave, los negros suspiran por el tiempo en que los ingleses no estaban aún establecidos en Elmina? Nada más cierto, sin embargo. Hablan sin cesar de los buenos días pasados, cuando las mercancías de las cinco partes del mundo aflúan á su ciudad porque no tenían que pagar ni un céntimo de entrada.

—¡Ah! dicen, nuestra ciudad se arruina. No hay ya comercio. ¿Qué se hizo del tiempo de los holandeses?

En 1885 hubo rumores de guerra entre Inglaterra y Rusia. Pues bien, por extraño que parezca, casi todos los habitantes de Elmina hicieron votos por el éxito de los rusos. Decididamente, nadie está contento en este mundo.

LOS HIPOGEOS DE LA ISLA DE LOS PINOS

(NUEVA CALEDONIA)

ESTUDIO DE ARQUEOLOGÍA PAGANA

POR EL P. LAMBERT, DE LA SOCIEDAD DE MARÍA

VII Y ÚLTIMO

Creencias y prácticas concordes de otros pueblos

ESTUDIANDO las costumbres de los naturales de Nueva Caledonia, hemos podido convencernos de que nada emprenden sin que preceda un acto religioso. Obran así para evitar las desventuras que creen

que de otra suerte les amenazan, ó para obtener los favores que desean.

No carecerá de interés comparar brevemente sus creencias y prácticas religiosas con las de los pueblos más civilizados de la antigüedad. Llama la atención la semejanza, y ya hemos observado el parecido entre ciertas costumbres neocaledonianas y judaicas. Ahora nos limitaremos á la relación que existe entre las creencias de estos indígenas y las de los indos, griegos y latinos.

Indos y chinos han creído hasta nuestros días que los muertos gozaban una segunda vida que no les separaba completamente de los vivientes. Griegos y latinos estaban también convencidos que lo que quedaba del hombre después de la muerte habitaba bajo tierra, no lejos de los lugares de sepultura en donde se complacían en recibir las súplicas y las ofrendas de los vivos, y en recompensa extendían sobre ellos miradas protectoras. Cada familia tenía su sepulcro, y junto á él sus antepasados invisibles, pero presentes. No podía enterrarse allí ningún extranjero. Entre los griegos, delante de cada tumba de familia había un lugar destinado á preparar los alimentos que debían ofrecerse á los manes. Los latinos tenían también un lugar de este género llamado *culina*. Los indos ofrecen igualmente el *praddha* á sus muertos. El fuego sacro en honor de los difuntos debe alimentarse con leña reconocida por sagrada. A veces los ritos exigen fuego obtenido por el frotamiento de dos pedazos de madera. Pues bien, encontramos todas estas prácticas en Nueva Caledonia.

Entre los griegos y latinos, si se olvidaba ofrecer á los manes los manjares sagrados prescritos por la costumbre, los muertos salían de sus sepulcros y hacían enfermar al hombre y esterilizaban el suelo. Tales son también las creencias y temores de los neocaledonianos.

Cuando los griegos y los latinos encontraban un sepulcro en su camino, se detenían para decir: «¡Tú que estás bajo tierra, senos propicio!» Los caledonianos al pasar cerca de un cementerio se detienen y cuelgan de un palo ó de una rama un fragmento de su turbante ó un objeto cualquiera para atraerse la protección de los muertos.

Entre los griegos y los latinos esta religión de familia no conocía ritual común. Ninguna autoridad tenía derecho á intervenir en sus actos religiosos. Cada familia conservaba sus ceremonias particulares y secretas. Sólo al sacerdote, que era siempre el padre de familia, correspondía el derecho de interpretarlas y transmitir las. Esto era propiedad de la familia. La misma independencia y los mismos derechos hemos visto reservados al padre de familia caledoniano cuando se trata de ejercer su religión.

Prosiguiendo este estudio comparativo, pudiéramos añadir á lo que acabamos de decir nuevos puntos de semejanza muy notable para llegar á esta conclusión racional: Todas estas diferentes razas de hombres viviendo en edades tan diversas y en países tan distantes unos de otros, no pudieron comunicarse sus creencias ni estar tan de acuerdo por un puro efecto de la casualidad. Luego hay que admitir que tuvieron primitivamente una cuna común, desde la que los hombres se han llevado las mismas creencias que nada ha podi-

do destruir á través de las edades. Empero esta concordancia universal del dogma no señala menos su alteración, atestiguando al mismo tiempo una revelación primitiva, de perfecta unidad y grabada con caracteres indelebles en el alma humana, y esa invasión gradual del error que, sin destruirla, la ha hecho desconocida y que reclamaba necesariamente la revelación de Jesucristo. Era precisa una aparición nueva y radiante de la luz divina para elevar hacia el verdadero Dios, que reina sobre los muertos en su eternidad, ese culto que ellos absorbían. El Cristianismo, sin embargo, de ningún modo condena la inclinación de los vivos á recordar á los muertos y á vivir en comunicación con ellos. Por este artículo del Símbolo que nunca se gustará y practicará demasiado de la «comunidad de los Santos,» nuestra santa Religión da á este generoso anhelo la más legítima y saludable satisfacción.

APÉNDICE

Terminaremos este golpe de vista sobre la isla de los Pinos con breves palabras respecto á la navegación. Antiguamente todos los neocaledonianos tenían casi el mismo sistema de piraguas: cada una estaba provista de dos velas, y no había ninguna choza en el puente.

Hoy el Sur del Archipiélago tiene un modo de piraguas que difiere de las del Centro y Norte de la isla. En la del Norte, en efecto, la piragua doble presenta dos velas y ninguna choza en el puente: en el Sur, hay una choza en el centro del puente, y una sola vela cual superficie debe igualar las dos antiguas. ¿Cuál pudo ser la causa de este cambio? Véase como la explican en la isla de los Pinos. Durante el mando de Kaona, padre de Touru, llegaron á la isla algunos extranjeros montados en una gran piragua. Esta, que no tenía más que una vela con una cámara en el puente, vogaba perfectamente. Excitó la admiración de todos, y sin vacilar adoptaron el nuevo sistema. Los kuñés renunciaron á su antigua piragua, y hallaron, á lo que parece, el medio de adaptarla un falso puente. Este, al par que ofrecía ciertas ventajas, debía tener no pocos inconvenientes, y prefirieron la cámara sobre el puente. Los naturales de la isla dicen que aquellos hombres procedían del lado de Tonga. Permanecieron pocos días en la isla, y se dirigieron hacia Loyalty. Los ti-ruñer, satisfechos con su nuevo sistema de navegación, no tardaron en reanudar las relaciones con las tribus del Sur de la isla, sea para las guerras civiles, sea para las relaciones amistosas. Entraron hasta Kanala en la costa Este, y hasta Numea en la del Oeste. Las diversas tribus que les recibieron admiraron la nueva piragua y se resolvieron á adoptarla.

CIRCULAR DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR ARZOBISPO DE SEVILLA

RECOMENDANDO LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE

ENTRE las obras católicas, todas por cierto importantísimas, hay una á la que desgraciadamente no se da entre nosotros el valor que en realidad tiene; la de la Propagación de la Fe.

Existen todavía al cabo de veinte siglos de Cristianismo extensas comarcas en las que jamás se ha pro-

nunciado el nombre de Jesucristo; y sus habitantes, entregados á la idolatría, adoran un ejército de dioses, tan notables por su número, como por sus ridículas y extravagantes formas y por los singulares hechos que se les atribuyen.

De este tan doloroso hecho resultan consecuencias deplorables por extremo. La historia, acorde con la razón, demuestra que los hombres y los pueblos son de ordinario, lo que el Dios á quien tributan culto; crueles como los indios adoradores de Kaliga si se prosternan ante una deidad que se complace en la sangre; voluptuosos y sensuales, si rinden pleito homenaje á Venus; y si guardan para Mercurio su veneración, interesados, egoístas y nada mirados en apoderarse, si la ocasión se presenta, de lo ajeno.

¿Qué pueden por otro lado esperar los míseros mortales de dioses falsos, que tienen ojos y no ven, oídos

Imposible parece, en fin, que blasonemos de compasivos, de humanitarios, de benéficos, y veamos serenos á tantos descendientes de nuestro común padre, á tantos miembros de nuestra familia sumergidos en la ignorancia, hundidos en la barbarie, privados de los beneficios de la cultura y civilización cristianas, y de lo que vale más que todo eso, de las virtudes que la fe católica engendra, de los consuelos que prodiga, y de las santas esperanzas que infunde para el tiempo y para la eternidad.

Fomentar la institución á que aludimos, avigorarla y darle vida no puede menos de ser una de las privilegiadas atenciones de todo Prelado, que algo se interesa por la gloria divina, por el bien de los hombres y hasta por el adelantamiento espiritual de sus propios diocesanos, pues cooperando éstos á salvar almas, salvarán las suyas; y he aquí por qué miramos Nos con particu-



MANDCHURIA.—Tungusas. (Pág. 203)

y no oyen? Ni alivio en las amargas del destierro, ni ayuda para enderezar los pasos á la patria, que es el cielo, ni virtud para forzar las puertas de la eterna Sión al terminarse la peregrinación terrestre.

Imposible parece que tengamos fe, y no sintamos vivo, vivísimo deseo de dar á conocer sus bellezas á los que las ignoran, y de hacerla amar de los que no han sentido nunca simpatía por ella á causa de no haber visto su rostro, ni escuchado la narración de sus portentosas hazañas.

Imposible parece también que nos llamemos adoradores del verdadero Dios, y no experimentemos ardoroso afán de buscarle hijos en todas partes y traerlos á sus plantas, á pesar de aquel gemido de Cristo: «Tengo ovejas que no pertenecen á este redil: menester es que vengan á Mí, para que no haya más que un rebaño y un Pastor.»

lar afecto la Obra de la Propagación de la Fe, y deseamos ardientemente su difusión en todos los pueblos del arzobispado.

Por dicha nuestra la Junta que se halla al frente de ella, está animada de iguales pensamientos, deplorando sólo no haber podido hasta la fecha hacer cuanto tiene en su mente y en su corazón; lo cual realizará sin duda su no entibado ardor, á medida que las circunstancias lo permitan, siendo lo primero á que trata de aplicar su actividad, la constitución de Juntas subalternas en las poblaciones de relativa importancia de la diócesis.

Por eso y para facilitar la ejecución de tan discreto y acertado plan, hemos juzgado oportuno publicar en nuestro *Boletín* la presente Circular, destinada á hacer conocer á los señores arciprestes y párrocos la satisfacción con que los veremos cooperar con todas sus fuerzas á la generosa empresa de que se trata. Lean y

hagan leer á sus feligreses los Anales de la Obra, y estamos ciertos de que cuantos tengan corazón, y en este suelo andaluz lo tenemos todos, sentirán despertarse en su alma el celo en pro de los desventurados que viven sentados en tinieblas y en sombra de muerte, y el afán de prestar ayuda á esos héroes oscuros, pero más grandes que Escipión y Aníbal, que Pompeyo y César, que Alejandro y el Gran Capitán, llamados los «misioneros católicos.»

Después de lo dicho sólo haremos una advertencia, y es que el R. P. D. Manuel

de la Oliva, prepósito de la Congregación del Oratorio, ha vuelto á encargarse de la dirección general de la Obra en toda la archidiócesis, habiendo cesado, por haber desaparecido las causas que la motivaron, la división establecida en los tiempos de nuestro venerable predecesor entre la capital y los pueblos.

Sevilla, 12 de Marzo de 1897.—MARCELO, *Arzobispo de Sevilla*.

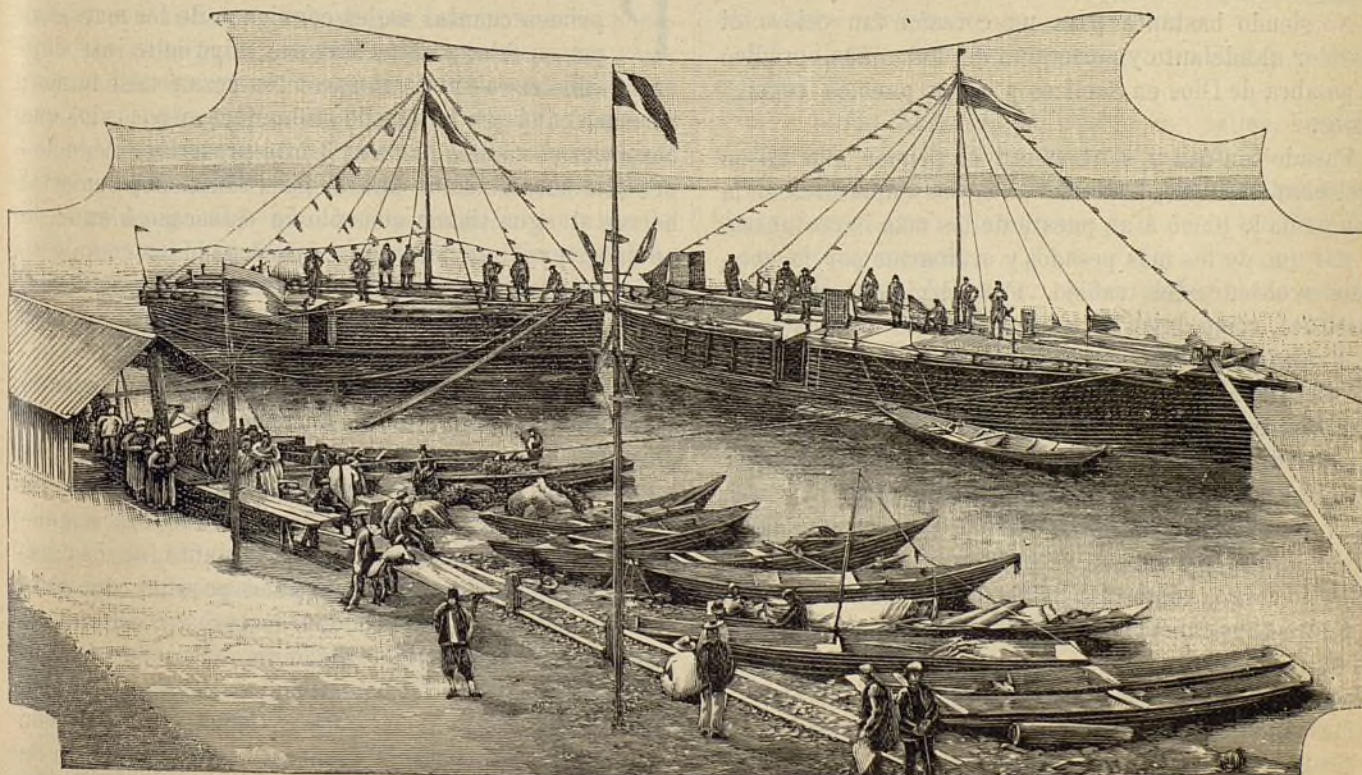


MANDCHURIA.—Buque de vapor en el río Amur. (Pág. 203)

EL ILMO. CARLOS LAVIGNE

RECIENTEMENTE ha estado en Cuenca y otros puntos de España este ilustre Jesuita francés que ha merecido ser elevado por sus virtudes y por su ciencia á la dignidad episcopal.

El Ilmo. y Rmo. Sr. D. Carlos Lavigne, obispo titular de Milevo y vicario apostólico que ha sido de Cot-



MANDCHURIA.—Barcas de mercaderes en el Amur. (Pág. 203)

tayam (Indias inglesas), nació en Marvejols, departamento del Lozère (Francia), año 1840.

Después de cursar brillantísimamente sus estudios en el Seminario menor y mayor de Mende, capital de dicho departamento, bajo la dirección de los Padres de la Compañía de Jesús, se ordenó de sacerdote en 1865, y á poco, en 1867, ingresó en la Compañía.

Novicio en Tolosa, se entregó al estudio del Instituto y de la teología ascética, y, á la vez, al apostolado, tan humilde como fructuoso, de los niños, de los pobres y de los gitanos, bastante numerosos en la expresada ciudad.

Concluido el noviciado, volvió á hacerse discípulo para estudiar por segunda vez la teología en la célebre casa de Vals, que más tarde había de emigrar á Uclés, en España. Allí sufrió notabilísimos exámenes en la ciencia sagrada, empezando luego á ejercer de maestro y director de los alumnos, primero en el Seminario de Montaubán, y después en Tolosa, en el colegio de la Inmaculada Concepción del Caousou, preparatorio para las escuelas del Gobierno.

En ambas casas dejó imperecederos recuerdos de su destreza, bondad, energía y espíritu de celo, y también de sus conocimientos, poco menos que universales, en música, pintura, letras, lenguas, matemáticas, ciencias y artes, incluso el de la caligrafía.

Cuando en 1880 fueron desterrados de Francia los Padres Jesuitas, y la casa de Vals se trasladó á Uclés, á donde fueron llamados los Padres por el entonces obispo de Cuenca Sr. Moreno Mazón, el R. P. Carlos Lavigne fué nombrado catedrático de matemáticas en el colegio de Uclés. En este pueblo, movido, como en todas partes, por su celo ardiente, fundó la Congregación de niños de San Luís Gonzaga, en la cual más de un niño ha encontrado gérmenes de vocación religiosa y sacerdotal, y muchos, la fuerza y la eficacia del buen ejemplo.

No siendo bastante para un corazón tan celoso el atender al adelanto y perfección de los niños, predicó la palabra de Dios en Saelices y otros pueblos comarcanos.

Pasado tan útil y santamente el primer año de su destierro en Uclés, la confianza de los Superiores de la Compañía lo llamó á un puesto de los más importantes, al par que de los más pesados y ordinarios por lo continuo y obscuro del trabajo. Fué, decimos, nombrado sustituto, como quien dice, secretario de la Asistencia de Francia en Roma, cerca del M. R. P. general Pedro Beckx. Más tarde, habiendo renunciado su cargo este Padre General, agobiado por el enorme peso de sus más de noventa años, el P. Lavigne fué el compañero, el guardián, el angel custodio, digámoslo así, del venerable anciano. Dios sabe, y toda la Compañía también, con qué cariño, respeto y ternura llenó este delicado cargo, hasta que habiendo llamado Dios á sí el Padre General, volvió el P. Lavigne á su provincia y fué nombrado ministro de la importante casa-residencia de Tolosa.

Deseando los Superiores dar á los desterrados de Uclés el consuelo de ver nuevamente á su amado P. Lavigne, y de oír de su boca los edificantes pormenores de la vejez y muerte del M. R. P. Beckx, fué enviado

á dicha residencia por ocho ó diez días, encargándole diese santos ejercicios espirituales á los estudiantes. Estando aquí recibió por primera vez la inesperada noticia de su elección para la dignidad episcopal, como vicario apostólico de Cottayam. Sencillo, obediente y ardiendo en deseos de servir á Dios, se preparó á recibir la mitra y el báculo de Pastor, sabiendo que habían de serle mucho más pesados que brillantes en aquellas desgraciadas tierras, porque en pocos obispados habrá, como en aquél, tantas preocupaciones.

La consagración del nuevo Obispo se verificó en Marvejols, siendo Prelado consagrante el de Mende, y asistentes los de Rodez y Saint-Flour.

En los cinco ó seis años que ha pasado en aquellas lejanas tierras el Ilmo. Sr. Lavigne, Dios sabe cuántos actos de paciencia y de prudente bondad ha tenido que practicar. Por fin, el año próximo anterior, estimulado por el deseo de dar á Su Santidad cuenta de su administración apostólica, y obligado, además, por una penosa enfermedad que exigía los auxilios de los médicos europeos, volvió el Ilmo. Lavigne de aquellos países. Enterado hace poco el Padre Santo del estado del vicariato de Cottayam, ha resuelto adoptar una nueva división de diócesis, y nombrar Obispos indígenas para regirlas.

Ahora descansa de sus penosas labores este ilustre Prelado, ó mejor dicho, se entrega á nuevas fatigas escribiendo la historia de su lejana Misión, y ejerciendo en España y Francia su alto ministerio hasta que el Sumo Pontífice designe á la llama de su celo nuevo campo que abrasar.

MOROS MINDANAOS

II

Religión

Poco observantes de sus ceremonias religiosas, suprimen cuantas no les convienen de las marcadas por su falso profeta Mahoma, cuyo culto introdujo entre ellos el sultán de Borneo. No rezan casi nunca; rarísimo es el que ha estado en la Meca, y pocos los que observan el viernes como el Korán prescribe. Abluciones sólo hacen cuando llueve, pues tan sucios son y tal horror al agua tienen que sólo en este caso ó en el de no poder evadirse de pasar un río á nado, es cuando se mojan, no ya los sáopes ó esclavos, sino los *sultanes*, *datos* y *panditas*. Jamás podremos olvidar el efecto que nos hizo el *dato Mamacú* (muy amigo del comandante del *Pampanga*, quien nos lo presentó), cuando en cucillas, á popa, en el cañonero, nos enseñaba sus desnudas y asquerosas piernas, y con sus manos jamás lavadas, estrechaba las nuestras para probarnos su afecto á los españoles. Difícil fuera olvidar tan asqueroso jefe ni á su comitiva, tan repugnante, sucia y asquerosa como él; suciedad que no es peculiar del *dato* que nos ocupa, sino de todos los *moros*, á los que no puede aplicarse el vulgar dicho de que no han recibido más agua que la del bautismo, pues aunque se bautizan, fieles á sus hábitos de suciedad, lo hacen con una mezcla compuesta de la menor cantidad posible de agua, una escasa parte de la del coco, aceite y harina de arroz, fomando con todo una pasta, que depositan en

la frente de la criatura, pronunciando algunas palabras del Korán.

Sus sacerdotes son el *jabdi*, especie de obispo; el *guru*, jefe ó maestro de los *panditas*; el *sarip* ó *sherif* (1), categoría que pudiéramos darle la equivalencia de canónigo; el *imán* cura y los *panditas* ya citados. Para celebrar sus fiestas religiosas se reúnen en el *lañgá* ó camarín destinado al efecto para lo que el *imán* los convoca con repetidos golpes de *agun*. Una vez reunidos, comienza el sacerdote sus oraciones con voz triste y ronca, invocando á Mahoma, y mientras lee un trozo del Korán, los creyentes hablan, ríen, chillan, vociferan, se acuestan, salen y entran; sin que al retirarse hayan entendido una palabra, ni aquél de lo que leyó, ni éstos de lo que se tomaron la molestia de escuchar. Para rezar usan los *panditas* una camisa muy larga que les cubre todo el cuerpo, semejante al alba de los católicos, y pasan las cuentas de un como rosario, al que denominan *canduli*. Su fiesta principal religiosa es el *Maulut* ó nacimiento de Mahoma, que si bien deben celebrarlo en Septiembre (décima noche de la luna *Rabí Aul*), suele hacerlo cada ranchería, y aun entre éstas cada familia, cuando puede, es decir cuando tiene dinero para regalarse con una comilona, pues la fiesta se reduce á reunirse, bien en el *lañgá*, bien en casa del *imán*, y cantar en coro, con voz honda y cavernosa, unas canciones cuyo nombre ignoramos, pero que deben abrirles el apetito, pues solemnizan el acto religioso con un gran festín á raíz de terminado aquél. Lllaman á la Pascua *Sambayang*, y durante los siete días que dura, su religión les prohíbe comer nada en absoluto; pero, incluso los más devotos y fanáticos, afirman muy seriamente que Alá se queda dormido durante unos minutos á las doce de la noche para poder hacer la *vista gorda*, y que sus adeptos satisfagan el hambre que tan riguroso ayuno les ocasiona. Concluidos los siete días de penitencia, purifican el cuerpo con un baño general, que buena falta les hace, dado que es el único que en el año toman, y para celebrar tan fausto suceso se regalan con un convite, preparando el cuerpo con el *poniam* y el *sindo*, que son dos repugnantes sopas hervidas con aceite de coco. Sus novenas (que también las tienen) consisten en, después de reunida gente, que con antelación convoca el *agun*, cortar el *pandita* la cabeza á un pollo, y poniéndola debajo de un tizón encendido, rezar unas oraciones para que *Allah* les libre de toda clase de males.

Son extremadamente supersticiosos, y temen mucho al diablo, al que llaman *Seitan*. De éste creen procede todo mal y enfermedad, desgracia, pérdida ó contratiempo, y para que les sea propicio echan al mar embarcaciones cargadas de arroz, frutas, pescados, etc.; provisiones que, así como las que cuelgan de los árboles con igual objeto, aprovechan los *sheriffs*, *panditas* ó *imanes*, á los que hay que dar cuenta del punto y hora en que se dejaron los víveres referidos. Venden estos sacerdotes un agua, sobre la que pronuncian ciertas palabras misteriosas, cabalísticas; agua que, si he-

mos de creerles, cura todas las enfermedades y previene todas las desgracias, siempre que antes de beberla se recen con devoción unas oraciones que ellos mismos dictan; pero como con frecuencia ocurre que á pesar del bebedizo y de los rezos los enfermos mueren y las desgracias llegan, aseguran consiste en la poca fe y la poca devoción de los que rezaron, casos en que el líquido carece de virtud perdiendo la que le comunican las palabras del *imán*. También creen que el *jabdi* y aun el *sheriff* pueden enviar enfermedades á quien les plazca, y les temen y respetan por esta cualidad, tanto ó más aún que á los *datos* y sultanes.

Les está prohibido á los malayo-moros comer carne de cerdo, en la seguridad de que si faltan á este precepto morirán en seguida. Tampoco pueden olerla, ni guisar en vasija que tenga ó haya tenido manteca, ni alimentarse de tortugas. Los huevos de éstas, que consideran como frutos de las playas, su religión les autoriza á servirse de ellos como condimento.

Son los más instruidos entre los moros sus sacerdotes, entre los que se encuentra por casualidad alguno que sepa medianamente leer y conozca una docena de caracteres árabes para la escritura. Todos creen existen cielo é infierno, enseñándoles su religión que hay siete de los primeros y otros tantos de los segundos, repartidos en esta forma:

Cielos (*yattu*):

1.º *Yattu Atúan*: donde se duerme, reposa y descansa, á donde van todos los que sufren grandes fatigas por su religión y por sus *datos*.

2.º *Yattu Firdeos*: donde encuentran la mejor y más abundante comida los que en la tierra pasan privaciones para bien de sus señores ó del culto que profesan.

3.º *Yattu Naim*: en el que se halla cuanto se sueña ó desee.

4.º *Yattu Naud*: sabe el agua á lo que más apetezca para refresco ó calmar la sed.

5.º *Yattu Ainum*: riquezas, oro, perlas y diamantes.

6.º *Yattu Salsabila*: diversiones, bailes, bullicio y alegría.

7.º *Yattu Jatard-al-cots*: donde residen hermosísimas y sensuales mujeres.

Infiernos (*naruck*):

1.º *Naruck Jahanna*: ruido, estrépito incesante que impide el descanso.

2.º *Naruck Sacar*: máquinas y animales para dar tormento al cuerpo.

3.º *Naruck Siymilti*: ídem, íd. para atormentar la lengua.

4.º *Naruck Abus*: donde se cometen con los condenados toda clase de abusos y obscenidades.

5.º *Naruck Jamia*: tormentos por el fuego.

6.º *Naruck Jauya*: ídem por el frío.

7.º *Naruck Zaal*: donde se padece espantosa hambre y sed.

A esto se limitan sus conocimientos en religión, siendo el sacerdote que tiene nociones de la *Egira*, de la historia de Mahoma, del origen de su culto, tan sumamente raro, que creemos no haya uno siquiera que pueda dar la más mínima noticia sobre estos puntos. Es

(1) Creemos sea *Sheriff*, y que el escribir algunos *Sarip* obedezca á que así lo pronuncian los moros, que, como todos los indígenas filipinos, cambian las vocales y hacen de la *f* siempre *p*, y de ésta aquélla, diciendo, por ejemplo, faja por paja, y viceversa.

demás el indicar que si ignoran la base de sus creencias, respecto de la creación del mundo ni del pecado de Adán tienen la menor noticia. Cuentan el tiempo por lunas, como sus correligionarios de Africa y Asia, y dividen aquéllas en semanas, llamando al lunes *sap-to*, al martes *ahat*, y así sucesivamente *isnin*, *sarasa*, *arobaja*, *cammis* y *diammat* ó domingo.

De lo anterior deducimos que su culto, si en rigor no puede llamarse mahometano, está en éste basado, y sus grandes variantes obedecen á lo alejados que se encuentran del foco del Mahometismo y á la mezcla con los malayos, viéndoseles, más que otra cosa, reminiscencias vagas de ambos ritos mezcladas, confundidas, adulteradas. En lo que sí son marcadamente moros, es

en el carácter fiero y soberbio, orgulloso, fanático y despreciativo que la religión de Mahoma imprime en sus adeptos, y de lo firme de sus creencias se comprende lo difícil del sistema de intentar su conversión para reducirlos cuanto antes.

MATABELES Y MASHONAS

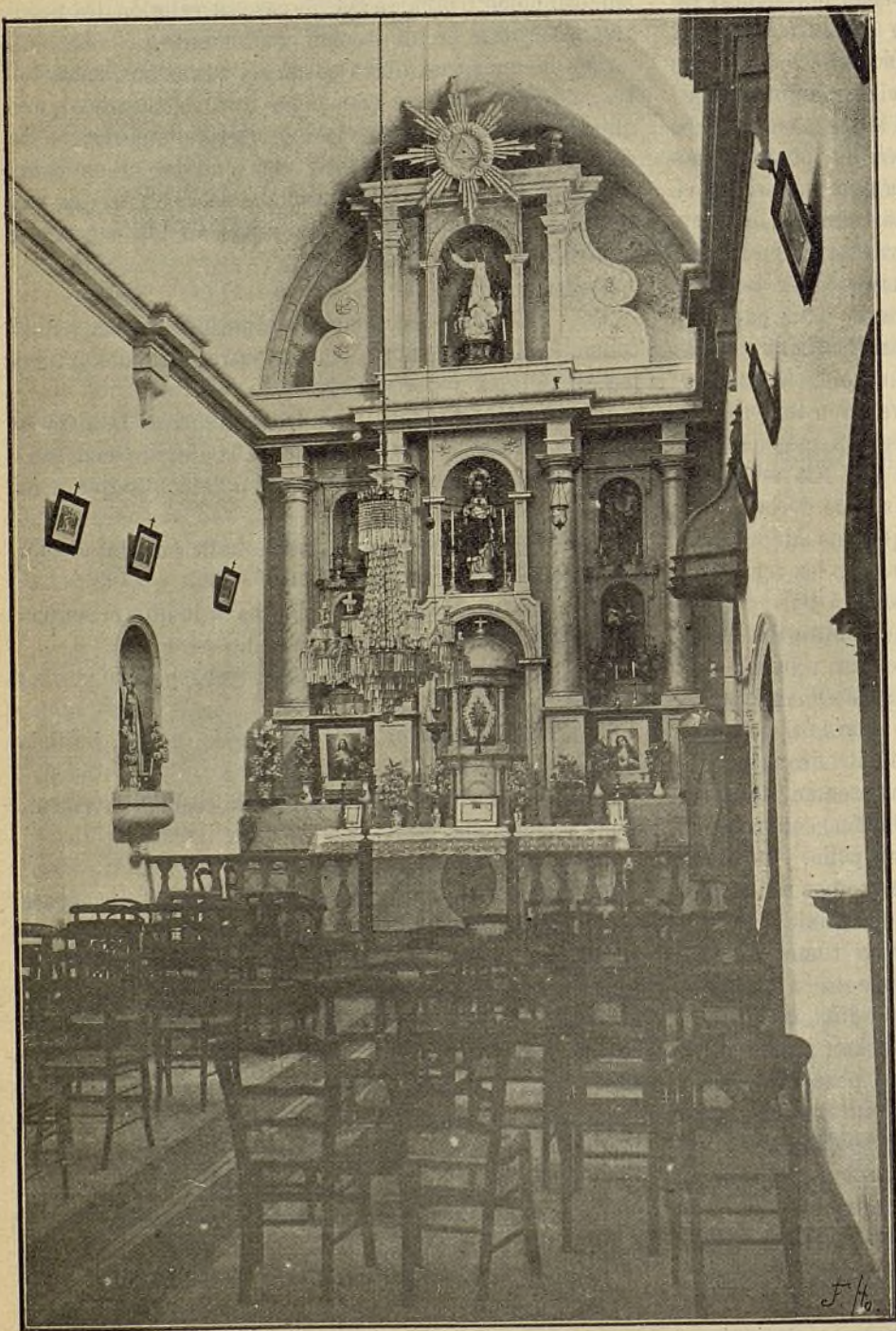
La guerra que hace algunos meses estalló entre los ingleses y los matabeles, sus legendarios enemigos del Africa del Sur, y que terminó por un arreglo amistoso, ha atraído vivamente la atención hacia estas poblaciones, perdidas en la inmensidad del continente negro.

Con repugnancia soportan el yugo británico, y el más insignificante incidente no tarda en inflamar la pólvora. Por otra parte, los ingleses jamás desperdician la ocasión de incitar á estas tribus á la revuelta, con el solo objeto de encontrar un pretexto que les permita exterminarlas. En efecto, no es necesario que destine á estos salvajes aquella potencia europea todos los regalos de su refinada civilización.

Matabelandia y Mashonalandia forman parte del Zambeza inglés, conocido también con el nombre de Rhodesia, denominación que trae su origen del ilustre Cecil Rhodes, exprimer ministro de la Colonia del Cabo. La posesión de este vasto territorio pertenece á la Gran Bretaña, con arreglo á las convenciones y tratados celebrados por ella con las otras potencias poseedoras de comarcas circunvecinas.

Extiéndese este país al Norte de la Colonia del Cabo, y en su mayor parte es propiedad de la *Chartered Company*, célebre por la infructuosa tentativa de agresión del Dr. Jamesón, uno de agentes principales contra la república de Transwaal.

Durante largos años esta poderosa Compañía, verdadero Estado dentro del Estado británico, que mantiene un ejército á sus expensas y tiene su organización propia, ha tratado, por todos los medios posibles y á costa de ingentes gastos pecuniarios, de fertilizar este territorio esencialmente árido é inculto. Sin embargo, el suelo de la mayor parte del Zambeza,



MARRUECOS.—Interior de la iglesia levantada por los Padres Franciscanos en Mogador. (Pág. 214)

salvo el de las inmediaciones de los ríos, permanece estéril. Su única fuente de riqueza son algunos yacimientos auríferos bastante pobres. Su explotación permite apenas resarcirse de las sumas invertidas en la prosecución de los trabajos emprendidos, y esto á pesar de emplearse un material perfeccionado que poseen las Sociedades concesionarias.

Además, el carácter esencialmente independiente de estas poblaciones, que perteneciendo á los cafres, constituyen la porción más inteligente de esta raza, hace muy dificultosos los cambios comerciales.

Altivos, orgullosos guerreros, habituados de muy antiguo á satisfacer sus necesidades á costa de sangrientas excursiones en los territorios de las tribus vecinas, los matabeles poseen holgadamente un vasto imperio.

Los ingleses, dando muerte hace pocos años á su rey Lo Bengula, han asestado un terrible golpe á su supremacía, reconocida por todos los pueblos circunvecinos. Sin embargo, á pesar de aquel descalabro, continúan los jefes matabeles y mashonas gozando de una autoridad absoluta sobre sus pueblos. Cuando muere alguno de ellos, nacen entre los pretendientes horribles y feroces rivalidades que se ahogan en mares de sangre: el reinado del último monarca Lo Bengula se inauguró con una matanza general de todos los hermanos del rey.

Su hermana Mejina le ayudó poderosamente á cometer estas atrocidades, y más tarde pagó ella misma con su vida una tentativa de adueñarse del poder: su hermano la ahorcó de las ramas de un árbol, frente al palacio real. (Esto pasó el 2 de Abril de 1880).

La intervención de la hermana del Monarca africano, facilitándole su advenimiento al trono, prueba que entre los matabeles goza la mujer de ciertas prerrogativas; á la inversa de lo que generalmente ocurre en las razas primitivas, que consideran á los individuos del sexo débil como absolutamente inferiores bajo todos aspectos, y los someten á embrutecedora y degradante servidumbre.

Los matabeles y mashonas son las únicas excepciones á esta regla: la mujer, entre ellos, aunque sujeta á pesados trabajos, puede considerarse muy por encima de la abyecta condición de sus hermanas negras.

Los habitantes de las riberas del Zambeza, desde que la aparición de la terrible mosca *tse-tse* ha imposibilitado la crianza de ganados, no tienen más recurso que la agricultura, á la que se dedican con ardor. El cultivo de los campos pertenece á las mujeres que, levantándose al amanecer, no vuelven á la cabaña más que para comer en común.

Cultivan con preferencia el *mabele*, como también el trigo y el maíz ó *infi*. Mientras la mujer se dedica á las labores del campo, el hombre permanece en la casa, siendo él quien prepara el alimento, y se ocupa en los múltiples cuidados de la familia.

Una vez que las mujeres vuelven de sus faenas, toda la familia se reúne en torno de la cuba de greda que contiene los manjares confeccionados por el marido y que consisten, por lo general, en un espeso cocimiento de mijo molido.

Cada uno á su turno, ó bien todos simultáneamente, introducen en la gamela los cinco dedos de la mano

derecha; extraen una parte del guiso, y forman, amasándola con los mismos dedos, una bolita que redondean, operación que se repite hasta la completa saciedad del hambre. El agua del Zambeza es suficiente para abastecerlos á todos.

Terminada la comida, ocúpase la familia en los asuntos que le interesan, mientras todos, hombres, mujeres y niños fuman en cortas pipas el *daga*, especie de tabaco indígena. La charla continúa así hasta el anochecer, tomando parte en ella tanto los esclavos como los amos. Las mujeres dan luego la señal de retirada general: todos se acuestan, ya sea dentro de la casa, ya afuera, según la estación, y se envuelven en pieles de cordero, cosidas unas con otras. Tal es la existencia pacífica y tranquila de estos pueblos, que no desean sino vivir en libertad.

Al contrario de lo que ocurre en la mayor parte de las tribus negras, la mujer matabela ó mashona observa una conducta ejemplar. No ignora que la menor falta de su parte contra la decencia ó la moral, sería inmediatamente castigada con una muerte ignominiosa. La misma ley inexorable castiga á los jóvenes de ambos sexos que olvidan un solo instante que las leyes de su país les obligan de la manera más rigurosa. Según dicen los viajeros que han recorrido y habitado esas regiones, es por falta de culpables, sumamente raro ver aplicar esas terribles sentencias.

Las habitaciones de los mashonas son muy semejantes á las de los matabeles, excepto en sus dimensiones, que varían según la importancia de la familia que las posee. Las casas destinadas á los amos, á los hombres libres, presentan una forma ovalada y muy regular: son muy espaciales y están provista de una abertura á modo de puerta. Una empalizada rodea en parte cada una de sus chozas, y deja así un espacio libre que los matabeles llaman *kraal*, y que es una especie de corral que sirve de granero y para almacenar los instrumentos de labranza, y separa las diversas clases, los amos de los esclavos.

La caña y el bambú sirven exclusivamente para la construcción del armazón del edificio, que se cubre en seguida con una espesa capa de paja, poniendo á los habitantes completamente al abrigo de la intemperie. Estas cabañas no están completamente desprovistas de cierta elegancia, que las hace semejantes á las *isas* de los campesinos rusos.

Los criados ó esclavos habitan en verdaderas guaridas dismanteladas y bajas, que no oponen sino una débil resistencia al viento y un frágil obstáculo á las lluvias diluvianas que en el invierno inundan toda la campiña.

A pesar de su natural apatía y la repugnancia que estos pueblos experimentan á entrar en relaciones con los blancos, los matabeles y los mashonas pasan por una lenta transformación. Mal que pese á su sistemática oposición, poco á poco penetra entre ellos la civilización; y es forzoso reconocer que la *Chartered Company*, tan desprestigiada y denigrada, contribuye poderosamente al levantamiento intelectual de la raza que habita su territorio: ha construido caminos y extendido ferrocarriles, y trata de atraer á los indígenas á los mercados que por todas partes se abren.

Estos hijos del negro continente, alegres, indolentes y sencillos, más que perversos, se habitúan cada vez más á emplear los artículos europeos, y vendrá un día no lejano en que, convencidos del bienestar que gozan los pueblos civilizados, los matabeles y los mashonas acepten libremente y con buena voluntad las luces y el auxilio de la ciencia moderna. Muy pronto se transformarán estos países incultos y áridos ahora: magníficas sementeras se extenderán á lo lejos en la llanura, y el bienestar, fin á que siempre tienden los esfuerzos del hombre, será una realidad para estos pueblos refractarios hasta hoy á los avances de los blancos.

CRÓNICA

España.—En la pág. 193 damos el retrato del célebre filósofo franciscano P. Gabriel Casanova. Nació en Consuegra, y muy joven aún, ingresó en las filas del Serafin de Asís en el Colegio de Misioneros Filipinos de Pastrana. En éste y en otros Colegios de la Provincia franciscana de San Gregorio cursó con notable aprovechamiento la carrera eclesiástica, terminada la cual y previos unos brillantes ejercicios de oposición, comenzó á explicar á sus hermanos de hábito las asignaturas que él había estudiado, cuyo honroso cargo hubo de interrumpir por algún tiempo para cumplir con las Misiones de Filipinas, en donde se distinguió por su celo apostólico. Su excepcional aptitud para la enseñanza obligó á los superiores á trasladarlo otra vez á los Colegios de España, en los cuales continuó adquiriendo aquel caudal de ciencia que suponen sus monumentales obras *Cursus philosophicus ad mentem D. Bonaventurae et Scoti*, puesta de texto en muchos centros de enseñanza; *Bosquejo histórico de Consuegra*; *La Eucaristía filosófica y teológicamente considerada*, y la *Theologia fundamentalis*, que está para dar á la prensa. Estas obras han hecho célebre el nombre del P. Casanova, no sólo en España sino también en todo el universo, mereciendo que nuestro Santísimo Padre León XIII le haya enviado la bendición apostólica por el *Cursus philosophicus*, y que la Sagrada Congregación de Estudios, á propuesta del eminentísimo Sr. Cardenal Monescillo, le haya nombrado últimamente doctor colegial del Seminario de Toledo.

Es además el P. Gabriel Casanova un orador sagrado de primera talla, como lo demuestran los elocuentísimos y numerosos sermones que ha predicado en las principales poblaciones de Castilla y Extremadura, y sobre todo la Novena del Alumbrado que hace dos años predicó en Madrid con tal admiración y entusiasmo del público, que los periódicos que publicaban extractos de sus discursos multiplicaban por millares la tirada.

Marruecos.—El grabado de la pág. 212 representa el interior de la nueva iglesia que á costa de grandes fatigas y privaciones han logrado levantar los Padres Franciscanos misioneros de Marruecos en Mogador. Nunca será bastante agradecida la obra á la vez católica y española de nuestras gloriosas Misiones Franciscanas en el vecino imperio marroquí. Si algo vale y es respetado allí el nombre de nuestra patria, es por el ascendiente que entre aquellos mahometanos semisalvajes, y en algunos puntos peores que salvajes arteros, ha sabido adquirir el humilde y caritativo hábito de San Francisco de Asís.

Jasaán (Filipinas).—«En Belingasag, escribe el R. P. Saturnino Úrios, de la Compañía de Jesús, he hecho los santos ejercicios de año con el P. Ferrer, y aquí me tiene V. R., donde al llegar he encontrado al P. Heras, mi superior inmediato, que volviéndose á Tagoloan me ha dejado á mi solito en este pueblo de cristianos viejos, matriz de la Misión de su nombre, con el fin de que les celebre la festividad de Todos los Santos y la de difuntos, que estaban cerca al llegar yo aquí.

«Aproveché la ocasión para predicar sobre las postrimerías del hombre, cuyo recuerdo es el medio más eficaz para evitar el pecado, y Dios nuestro Señor bendijo mis trabajos cogiéndose abundante fruto de confesiones.

«Esto no obstante, no dejo de la mano el estudio del lenguaje que hablan los monteses de la cuenca del río Tagoloan y alto Pulangui, cuyos ríos van á ser el teatro de mis operaciones.

«No sé cuándo determinará el P. Heras, mi superior, que me vaya á mi nuevo destino de la montaña; pero sí sé decir que me siento como ungido y deseoso que sea pronto.

«Parece que el Padre Superior desea que se establezcan en Jasaán y Tagoloan las Congregaciones de Hijas de María y de los Luises, como están en muy buen camino las ya fundadas en Butúan, Talacogon, Cabarbarán, Tubay y Nasipit; y para este menester me ha elegido á mí. Mucha verdad es que la necesidad no tiene ley, y cuando ella se presenta en nuestro evangélico ministerio, Dios ayuda; de otra suerte no soy yo el más apropiado para trabajos de tanto asiento y calma. Mi natural es para irle detrás al montés, hasta rendirle, y rogándole hacerle dejarse querer. Bien se me traslucen á mí los muchos trabajos que voy á pasar; pero consiguiendo atraer á los infieles que son todo mi anhelo, me doy por satisfecho, y no me arredran las penas. Paréceme que ésta es mi vocación. Quiero decir que con infieles me he de salvar yo, y lo demás es ilusión. Esto se me alcanza á mí y lo digo hablando del orden ordinario de las cosas, que por lo demás, Dios hay en el cielo que se sabe al dedillo lo que va á ser de cada uno de los hombres, volviéndoles acá y allá y otros puntos por desconocidos que son y sean á nosotros. Los pueblos de este segundo distrito, la gente y las casas son lo mismo que las del 3.º que acabo yo de dejar, y en el que he estado mis diecisiete años de misionero.

«En lo que sí se aventajan los del 2.º distrito es en estar más adelantados en la agricultura, pues estamos viendo á una y otra parte de los caminos buenos sembrados y grandes campos de abacá.

«Las playas y la corta distancia que media de uno á otro pueblo se prestan más que el distrito de Surigao para la formación de caminos, y así por esto como por la gran actividad de algunos gobernadores, tenemos aquí que podemos correr grandes distancias á caballo y hasta en coche.

«En lo que también se goza es en que se habla el bisaya bastante bien y correcto, diferenciándose del cebuano en algunas pocas palabras y en no suprimir la letra *h* como los cebuanos, cuya letra convierten en *y* griega los de Surigao y pueblos de su alrededor; no los butuanos ni menos los pueblos del Pacífico, aunque pertenezcan al mismo distrito. De modo que sabiendo el bisaya y el montés, se sabe todo cuanto respecto al lenguaje existe en todo el distrito. Ya sabe V. R. que no sucede así en el 3.º distrito, porque los cristianos viejos se dividen en tres grupos de lenguajes diferentes: la del río Agusan, la de la costa del Pacífico y la del pueblo de Surigao hasta Bislig exclusive, y á su vez los infieles hablan una lengua propia genuina, cada raza, encontrándose allí los manobos, mangalumgas, mandayas el dibabaón, manánua y bunauan.

«Sólo en el distrito de Cagayán es común una sola lengua entre los cristianos viejos; mientras que en el 3.º es cosa curiosa como hablan las suyas los grupos contiguos á Butúan y los cercanos de Bislig, que parece la torre de Babel.»

Noticias varias.—Su Santidad ha recibido una embajada extraordinaria del Shah de Persia, anunciándole el advenimiento al trono de Muzzaferrea-Din Mirsa Viliáhd.

El embajador, Mirza Reza Khan, aseguró á Su Santidad que su augusto poderdante se considera honrado al tributarle la expresión de su mayor respeto.

En la entrevista celebrada con el Papa se habló especialmente de las Misiones que todavía sostienen los Religiosos Carmelitas en aquel Reino, en Urmia, Kosrova, Teherán y Tauris.

—LA MADRE DE UN MÁRTIR.—El Ilmo. Pellerin, vicario apostólico de Cochinchina, relató en la iglesia de Nuestra Señora de las

Victorias, de París, el siguiente hecho, que él mismo había presenciado:

«La persecución contra los cristianos arreciaba más cada día. Una madre, viuda y de avanzada edad, supo que habían arrastrado á su único hijo por ser cristiano, lo cual equivalía á su sentencia de muerte, y desesperada viene á arrojarle á mis pies contándome su desgracia: yo para tratar de consolarla, le recordé á la Virgen María acompañando á su divino Hijo al Calvario y presenciando su crucifixión. Entonces irguiéndose de pronto y enjugando sus lágrimas, sale de la estancia, averigua el sitio y la hora del suplicio de su hijo, cuya cabeza al rodar al golpe del verdugo, recoge ella piadosamente y viene á depositar á mis pies, cayendo desmayada.»

VARIEDADES

EL SANTÓN EN MARRUECOS

La carrera, oficio ó profesión de santo es harto fácil en Marruecos: no tiene quiebras, no exige trabajos duros, no cuesta sacrificios, no son menester expedientes de canonización, ni juicios contradictorios. El que quiera serlo lo es, sin otro requisito que el de ir una vez á la Meca para ostentar el título de Hach (peregrino), recogerse luego durante algún tiempo en cualquier aspereza de la sierra ó en alguna covacha del campo ó en la peor de las chozas del desierto, orar allí en el lugar más visible, huir sistemáticamente de los otros moros, hacerse huraño, antipático, estrafalario, adornarse con guñapos y cintajos ridículos, y fingir locuras ó imbecilidades á destajo.

—¡Santo, santo! gritan un día los que presencian las extravagancias del nuevo elegido. ¡Santo! repiten á coro en el *duar* vecino! ¡Santo! exclaman á su paso las caravanas. ¡Santo! dicen en la ciudad millares de voces, y santo queda proclamado el farsante hasta la hora de su muerte, sin otra obligación que la de hacer una tontería á diario, dejarse besar los vestidos y llenar la bolsa de ochavos morunos y el zurrón de pan fresco y el odre de buena leche y el plato del mejor cuzeuz con tropezones de gallinas, carnero y pichones, y teniendo al cerrar el ojo la consoladora certeza de que sus miseros despojos reposarán en lugar bendito y de que sobre ellos se alzaré un marabut, cuando no una ermita con su torre de alicatados, sus azulejos, su ajimez calado y sus bóvedas alegres y bien soleadas.

Los tontos de solemnidad, los locos por herencia ó por enfermedad, los embrutecidos por el *kiff* y los *she-riffes* ó descendientes del profeta son también santos, y gozan de iguales ventajas y honores y comodidades. Pero no todos conservan esas preeminencias después de su muerte; que marabuts hay en el Imperio en cuyo interior crece la hierba, lo cual prueba que aquel santo tiene pocos parroquianos... fieles quise escribir.

Aquí, en Marruecos, las mezquitas que por lo que yo he observado tienen más partido son la de Sidi-Bel-Abbas y la de Muley-el-Abbas, esta última de novísimo cuño, erigida hace cinco años, á lo sumo, en memoria de aquel príncipe que guerreó con España, que concertó el tratado de Wad-Ras y que por dos veces renunció el trono que su pueblo casi unánime le ofrecía, evitando con esta nobilísima conducta dos guerras civiles, que hubiesen acelerado la agonía del Mogreb. Muley-

el-Abbas estuvo á punto de quedarse sin ermita y sin honores á la vuelta de la guerra.

Algunos le acusaron de traición, y los últimos años de su vida los pasó ignorado y oscuro entre las desconfianzas de sus enemigos y los recelos amenazadores del actual Soberano. Pero triunfó al cabo el partido de los fieles amadores del generoso y valiente caudillo, y su muerte fué señal de general pesadumbre y sus cenizas fueron encerradas en severo y rico sepulcro de mármoles, y se erigió un santuario limpio y blanquísimo, como casita de labor en aldea andaluza, con sus paredes enjabelgadas, su cúpula verde, su aguja elegante y sus palmeras altísimas, llevadas ya en pleno desarrollo desde los bosques poéticos de El-Kantara.

Este templo musulmán es hoy el más frecuentado en Marruecos. Los árboles secos sin hojas ni flores que hay en la entrada están literalmente cubiertos de trozos de chilabas, jaikes y albornoces de todos colores. Son exvotos ofrecidos por los fanáticos á cambio de favores señalados y de increíbles milagros.

El día en que estuve yo cerca del santuario situado fuera de la Medina, al pie de un monte sagrado, los moros me contemplaban con ojos siniestros. ¡*Chemnia, Chemnia!* (¡Adelante, adelante!) decían con ademanes de espanto, y mi askari de siempre, tan fiel y tan correcto que me fuma los cigarros por docenas y me pide las pesetas por parejas y reparte los palos y puñadas en la ciudad á centenares para hacerme paso, estaba asustado como los demás, y no cesó de gritarme: ¡Santo, santo!

No pude ver más: contentéme con echar la postre-ra ojeada á la blanca casita con su cúpula verde, su patio abovedado de escayola, su fuente en el centro, donde algunos moros hundían las manos en actitud de oración, y sus palmeras altísimas y elegantes, zarandeadas por el aire caliginoso que les imprimía blandos y acariciadores movimientos de abanico...

—Vamos á Sidi-Bel-Abbas, dije al askari.

—Pero no entrar y quedarnos en puerta, porque tiraré piedras, decir maldito *sarani* (cristiano), maldita tierra que pises, malditas tus mujeres.

—Basta, basta y guía.

—Yo jablar porque tú ser bueno, y rey me mataba si otros moros te jaser daños.

Habíamos á todo esto, y no sin fatiga, cruzado la Medina tropezando en plazas y callejas, en zokos y en alcaicería con la abigarrada multitud de siempre, escuchando gritos guturales y salvajes, y discursos de narradores; contemplando de pasada los juegos de los luchadores de palos, los bailes voluptuosos y cínicos de los negros del Sudán, adornados con caracoles de mar y conchas blanquísimas, y dejando el paso libre á una escolta de gente moza que acompañaba á un recién casado hasta la morada de su mujer entre gallardías de sus caballos y gentilezas de sus *fantasías* á tiro limpio, y las horribles pruebas de los fanáticos que se hieren la cabeza, y comen estopa ardiendo, y se dejan morder por los reptiles hambrientos é irritados. Habíamos dejado á la espalda toda aquella turba de fantasmas blancos y azules y verdes y parduzcos, y nos encontramos en un barrio solitario y triste, al Norte de la capital del imperio.



—Sidi-bel-Abbas, dice mi askari, mostrándome con aquel terrible palo que cae cien veces al día sobre las espaldas y la cabeza de la gente que nos entorpece el paso, un edificio grande, destartado, con sus muros rotos y ruinosos, aprisionado entre un barrio de casitas casi desmoronadas, como el resto de la ciudad desvenecijada y agonizante.

También hay jardines y palmeras, y asoman por los bordes de la desportillada cerca copas verdes de naranjos y limoneros, y cuelga el fruto rojo y amarillo de las ramas como farolillos de una iluminación *à giorno*, y se yerguen penachos arrogantes de palmeras y ramas de almendros nevadas por las flores, y dominándolo todo, la kubba ó cúpula del santuario que sirve de lugar de oración, de hospital sagrado y de asilo inviolable.

—Todas las casas éstas son del santo, dice el askari; los moros buenos, cuando morir, dejan casas, dinero mucho para *kubba*, y para pobreticos «tienen frío» y para los perseguidos por Sultán, por baja ó por cadi. Entrar aquí, estar libres, nadie tocarles, nadie matarlos, nadie cortarles manos ni pies. Mujeres, padres ó hermanos traerles pan, agua, chilabas, kif, todo, todo. Cuando rey perdona, salir alegres, traer dinero para santo, dejar casas, granos, caballos para enfermos, para *probes*, para limosnas.

—¿De modo que este sitio es inviolable, es decir, que nadie puede sacar de ahí dentro á un ladrón ó asesino ó jefe de rebelión?

—Si sacarlo, Sidi-bel-Abbas dejará caer fuego de arriba sobre casas; nieve monte, harás agua; bajará Medina y matará todos moritos, fuentes de Duccala y Muezin secaránse; caballos morir; mujeres morir; niños morir: todos morir, porque santo no querer ya Marra-kesch.

—¿Tanto puede el santo?

—Tanto como Mohamed (Mahoma). Era santo en Faz (Fez), y cuando cristianos quitaron plazas cercanas al mar, él avisó antes al Sultán, predicó en todo Berbería guerra santa y Sultán dormir y dormir; cristiano quitarnos Mazagán y Salé y Rabat, y santo entró palacio, arrancó Sultán de brazos de cristiana cautiva y dióle gumia y caballo para defender moros. Rey mandó cortarle brazos, y santo vivo, cortóle pies, santo vivo; cortóle cabeza, y cabeza fué dando brinco hasta todos zokos gritando: ¡Matar cristianos, matar Sultán amigo cristianos, matar cristiana, mujer de Sultán! Rey asustado juntó moros, mató todos cristianos, derribó iglesia vuestra estaba aquí, mató vuestros santones, degolló todos los judíos, enterró Sidi-bel-Abbas este sitio, y mandó que todos moros entraran estar libres, aunque quieran matar al Sultán.

—¿Y hay muchos acogidos?

—Muchos, muchos, y comen aquí y venir mujeres y los hijos y no salir nunca hasta que rey perdona.

—¿Y si no les trae nadie comida?

—También comer porque santo muy rico. Tener más un millón duros españoles. Mitad para mezquita, mitad para pobres.

—¿Y estas casas nunca se venden?

—Son de santo. Moro vivir ahí, pagar santo todas las lunas; otras pagar un Ramadán hasta otro Ramadán; todos pagar, porque santo los maldeciría.

—Entonces en Marruecos no habrá prisiones.

—¿No?

—No; porque los ladrones, los asesinos, los traidores, con venir aquí están libres.

—Pues sí hay cárcel, y ladrones y traidores al rey, y todos presos, y pegarles muchos palos, y quitarles casa y dinero, y cortar manos y pies y arrancarles ojos. Cuando moro roba, gobernador hace pagar todos moros viven misma calle más del valor del robo. Luego ladrón pegarle doscientos ó quinientos palos ó mil palos. Si robo es mucho cortarle mano, luego meterle pez hirviendo. Ya está bueno, pero sin mano. Si además de robar mata le quitan los ojos con hierro hecho ascua, y ya está. Si es rebelde contra el rey déjalo pobre, tiénenlo en *hasbah* ó fortaleza con argolla cuello, así de pie siempre. Le dan un pan, mucha agua y se muere pronto.

—¿Y las familias?

—Pagar para comer presos; pero kaid de cárcel quedarse dinero, quedarse comida, quedarse ropa... todo quedarse.

—¿Luego es preferible que los maten á palos?

—Nunca morir moros por palos. Casi todos luego ponerse gordos así (y el askari soplabá los carrillos). Otros, muy pocos, morir... mejor.

—Sí, tienes razón; mejor para ellos, ¡infelices! ¿Y en todos los pueblos hay asilos como éste?

—Sí; todas mezquitas son asilos para ladrones y rebeldes. Pero cuando están dentro enemigos rey, éste también matarlos.

—¿También?

—¡Anda, anda! En última *hasba*, cerca de Tafilet muchos scherifes no quieren rey éste, ocultáronse en marabut del camino. Rey entró solo con alfanje, pegarles mucho, sacarles de allí y nosotros todos cortar cabeza, traerla clavada en lo alto de bayonetas.

—¿Y el pueblo nada dijo al ver que los castigados eran scherifes, es decir, santos?

—Los enemigos del rey no estar santos.

Dijo esto mi askari, que es muchachote listo é instruido, y que chapurrea el español en la forma y modo que habrá el lector observado, con tal firmeza, que yo no tuve razón que oponerle ni alientos para detenerme luego, á nuestro regreso, frente á las mezquitas de *El Muezin* y *Bab-el-Jemis*, y eso que ambas tienen el soberano aliciente de que sus puertas, según las crónicas cuentan, son las mismas que trajo á Marruecos desde Granada el moro más ensalzado por nuestros romanceros castellanos, el Almanzor de nuestras poesías caballerescas.—X.

SUBSCRIPCION

EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE

Para las Misiones más necesitadas

José del Castillo Aguilera, de Sigüenza. 6 ptas.

Para la Obra de la Propagación de la Fe

A. C., de Barcelona.. . . . 1'25 »

(Se continuará).

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona